SIMONE DE BEAUVOIR

LAS BOCAS INUTILES

OBRA EN DOS ACTOS Y OCHO CUADROS

Buenos Aires Argentina

Primera Edición
Título del original en francés: LES BOUCHES INUTILES
Traducción de FLOREAL MAZIA

colección coral

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Copyright by "Editorial Ariadna" 1957.

A MI MADRE

PERSONAJES

LOUIS D'AVESNES.

JACQUES VAN DER WELDE.

FRANÇOIS ROSBOURG.

JEAN-PIERRE GAUTHIER.

GEORGES D'AVESNES, hijo de Louis.

EL CAPITÁN.

MAESTRO DE OBRAS.

Soldados, albañiles, tejedores, diputados, gente del pueblo.

CATHERINE, esposa de Louis.

CLARICE, hija de ambos.

JEANNE.

Mujeres del pueblo.

La acción transcurre en el siglo XIV, en Vaucelles, ciudad de Flandes.

Esta obra fué representada por primera vez en noviembre de 1945, con la puesta en escena de Michel Vitold, *en el Théâtre des Carrefours.*

primer acto

CUADRO PRIMERO

Un puesto de guardia bajo las murallas de Vaucelles, al pie de una torre. Tres soldados en torno a una hoguera. Para entrar en calor golpean los pies contra el suelo.

SOLDADO PRIMERO. — ¡Qué frío!

SOLDADO SEGUNDO. — Tengo hambre. ¿Es que no van a tocar nunca el ángelus?

SOLDADO PRIMERO. — Después de comer es aún peor; seguimos teniendo hambre y ya no queda nada que esperar...

SOLDADO SEGUNDO. — Si por lo menos sucediese algo, nos distraeríamos.

(Una mujer acompañada de un niño se arrima a la muralla.)

SOLDADO TERCERO. — Nos estamos aquí sin movernos, los borgoñones tampoco se mueven. ¡Hace ya un año que dura este sitio! ¡Esto no terminará nunca!

SOLDADO PRIMERO. — Terminará. No se puede vivir mucho tiempo de hierbas y salvado.

(Un centinela desciende de la muralla empujando ante sí a Jean-Pierre Gauthier.)

EL CENTINELA. — ¿Dónde está el capitán? Hemos atrapado a un espía borgoñón.

GAUTHIER. — El espía soy yo.

SOLDADO TERCERO. — ¡Gauthier!

SOLDADO SEGUNDO. — ¡Es Jean-Pierre Gauthier!

GAUTHIER. — ¡Qué contento estoy de veros! En ese foso hacía un frío endiablado. Dadme una sopa bien caliente.

SOLDADO PRIMERO. — Ven a sentarte junto al fuego. Tienes aspecto fatigado.

EL CENTINELA. — Quiero llevar a este hombre ante el capitán.

SOLDADO PRIMERO. — ¿No te digo que es Gauthier?

EL CENTINELA. — Nadie tiene derecho a franquear las murallas.

SOLDADO TERCERO. — ¡Cabeza de mulo!

SOLDADO SEGUNDO. — Está bien, yo mismo iré a buscar al capitán.

(Entra en la torre. Una vieja se acerca a la primera mujer.)

SOLDADO PRIMERO. — ¿Has visto al rey de Francia?

SOLDADO SEGUNDO. — ¿Cuándo vendrá a expulsar al duque?

GAUTHIER. — Se le diré al señor d'Avesnes. Servidme la sopa.

SOLDADO PRIMERO. — Es que... no tenemos sopa.

GAUTHIER. — Pues dadme cualquier cosa que se pueda comer con un buen trago de vino.

(Los soldados se miran, turbados.)

SOLDADO SEGUNDO. — No tenemos vino.

EL CENTINELA. — ¿Pero de dónde viene éste?

GAUTHIER. — ¿Qué, no hay nada que comer aquí? ¿Nada que beber?

EL CENTINELA. — No entiende nada.

SOLDADO PRIMERO. — Dos veces por día nos dan un cocido de salvado y un pan hecho con hierbas secas.

(Pasan dos mujeres que se unen a las otras.)

GAUTHIER. — ¿Hemos llegado ya hasta ese punto?

SOLDADO SEGUNDO. — Sí, estaría bien que el rey de Francia se diese prisa.

GAUTHIER. — ¿Qué hacen esas mujeres?

SOLDADO SEGUNDO. — Vienen todos los días a mendigar un poco de comida. ¡Ah, no me gusta verlas! *(Se vuelve de espaldas a ellas.)*

EL CAPITAN. — Pero sí, es Gauthier. *(Al centinela.)* Ve a avisarle al señor d'Avesnes. *(El centinela sale.)* ¿Llegaste sin muchas dificultades?

JEAN-PIERRE. — Para atravesar el campo de los borgoñones, no ha sido difícil. Pero nuestra ciudad está bien guardada.

EL CAPITAN. — ¿Qué se dice de nosotros en París?

GAUTHIER. — Los burgueses nos admiran, pero no tienen audacia suficiente para destronar al rey y gobernarse por sí mismos. Son demasiado atolondrados y demasiado prudentes.

EL CAPITAN. — ¡Ah, no todo el mundo es capaz de hacer lo que hemos hecho aquí!

SOLDADO TERCERO. — Para eso hay que tener osadía. Si nos hubiese fallado el golpe nos habrían colgado a todos.

SOLDADO SEGUNDO. — ¡Y en cambio el que está colgado es el intendente del duque! *(Ríen.)* ¡Hermosa jugada!

GAUTHIER. — ¡Conoceremos muchas otras igualmente hermosas!

SOLDADO TERCERO. — ¿Te parece?

SOLDADO PRIMERO. — ¿Se acabarán nuestras penas algún día?

GAUTHIER. — Sí, se acabarán. Muy pronto seremos felices y libres. Trabajaremos para nosotros, viviremos para nosotros.

EL CAPITAN. — Todas las demás ciudades envidiarán nuestra suerte; daremos al mundo un gran ejemplo. Tened confianza; nuestro sufrimiento no habrá sido vano.

SOLDADO PRIMERO. — Si no tuviésemos confianza no soportaríamos lo que soportamos.

(Entra Louis d'Avesnes. Gauthier se dirige hacia él. El capitán se retira.)

GAUTHIER. — ¡Señor d'Avesnes! Ya veis que no he haraganeado.

LOUIS. — Es cierto. Has hecho rápido. ¿Qué noticias?

GAUTHIER. — El rey de Francia vendrá en nuestra ayuda. Ha dicho: "Me interesa tanto como a vosotros". Pero sólo vendrá para la primavera.

LOUIS. — ¡Para la primavera!

GAUTHIER. — Primero tiene que expulsar a los borgoñones de sus tierras. Y su ejército no puede hacer ese largo viaje en invierno; no encontrarían avituallamiento ni forraje.

LOUIS. — ¡En primavera...!

(Suena el ángelus. Dos cantineros llegan con un caldero de sopa y un cesto de pan. Comienzan a servir a los soldados. Las mujeres se acercan a ellos.)

PRIMERA MUJER. — ¡Por piedad! ¡Un poco de sopa para mi pequeño, que se muere de hambre!

LA VIEJA. — ¡Un trocito de pan, por piedad!

(Uno de los cantineros toma un pedazo de pan y vacila.)

TERCERA MUJER. — Hace tres días que no como.

(El cantinero le tiende el pan. El Soldado Segundo se apodera de él.)

SOLDADO SEGUNDO. — Estás loco. Es nuestro pan.

SOLDADO PRIMERO. — ¿Piensas que nuestra ración de sopa es demasiado abundante?

(Las mujeres rompen a llorar.)

TERCERA MUJER. — ¡Tengo hambre! ¡Tengo tanta hambre...!

(Los soldados comen sin mirarlas, con aire obstinado.)

GAUTHIER. — ¿Vais a dejarlas morir de hambre? *(Silencio. Los soldados continúan comiendo.)* Camaradas, ¿se os ha endurecido tanto el corazón?

LOUIS *(acercándose).* — Déjalos. No les alcanza el pan para ellos.

GAUTHIER. — ¿Pero qué se puede hacer por estas mujeres?

LOUIS. — Nada.

CUADRO SEGUNDO

Al pie del campanario en construcción. En la plaza las tiendas están todas cerradas. Ruido de martillos y sierras. Los obreros trabajan. En una esquina, delante de la Casa del Concejo, mujeres, niños y ancianos forman cola, con bolsos en la mano.

UNA VIEJA. — ¿Qué es lo que comes?

OTRA. — El come.
OTRA. — ¿Quién come?
OTRA. — ¿Qué sucede?
OTRA. — Es Mathieu que come.
MATHIEU. — Como paja.
LA VIEJA. — ¿Dónde encontraste paja?

(Pasan Jeanne y Jean-Pierre.)

JEANNE. — ¿Has visto cómo creció el campanario desde que te fuiste?
JEAN-PIERRE. — Ha crecido. Y qué delgada y pálida estás, hermanita.
JEANNE. — ¿Tan pálida estoy? No me siento enferma. ¿Comiste pan blanco en París?
JEAN-PIERRE. — Sí, pan blanco. ¿Qué espera esa gente?
JEANNE. — Todos los días se distribuye a los indigentes un poco de comida.
JEAN-PIERRE. — ¡Hierbas secas! ¡Y esperan durante horas enteras! *(Pausa.)* Cuando salí de Vaucelles había todavía niños que jugaban en las calles, y de vez en cuando una mujer cantaba.
JEANNE. — Han transcurrido tres meses.
JEAN-PIERRE. — ¡Tres siglos! ¡Ah, querría huir lejos de aquí! Desde que crucé estas murallas, cada bocanada de aire que respiro tiene un sabor de remordimiento. Y sin embargo nada de esto es culpa mía.
JEANNE. — No te atormentes.
JEAN-PIERRE. — Todas las miradas que encuentro tienen la apariencia de reproches o de oraciones. En esta ciudad sólo hay mendigos. Yo jamás pedí nada a nadie. Quiero que me dejen en paz, en paz conmigo mismo.
JEANNE. — Vamos, ya te acostumbrarás.
JEAN-PIERRE. — ¿Te parece? ¡Qué hermoso era galopar a solas por los caminos! *(Pausa.)* ¿Como está Clarice?

JEANNE. — Fastidiosa.
JEAN-PIERRE. — ¿Y Georges?
JEANNE. — Ya lo conoces.
JEAN-PIERRE. — Háblame con franqueza: ¿lo amas?
JEANNE. — ¿Es necesario que lo ame?

(Clarice entra corriendo, ve a Jean-Pierre, se detiene y se acerca con aire indiferente.)

JEAN-PIERRE. — ¡Clarice!
CLARICE. — Buenos días, Jean-Pierre.
JEAN-PIERRE. — ¿Me buscabas?
CLARICE. — No. Me paseaba.
JEAN-PIERRE. — ¡Cuán feliz me siento de verte!
CLARICE. — ¿De veras?
JEAN-PIERRE. — ¿Lo dudas? Desde que franqueé estas murallas no deseaba otra cosa. *(Le toma las manos. Se miran.)*
CLARICE. — Desde que franqueaste estas murallas... ¿Y pensaste en mí durante estos tres meses?
JEAN-PIERRE. — A menudo.
CLARICE. — ¿Pero no me echabas de menos?
JEAN-PIERRE. — ¿Qué podía echar de menos? Me bastaba con saber que en alguna parte del mundo estaban estos ojos azules, esta sonrisa...
CLARICE *(desasiéndose las manos)*. — Yo no pensé en ti. No pienso jamás en los muertos, ni en los ausentes. No me gustan los fantasmas.
JEAN-PIERRE. — No soy un fantasma. *(Hace un movimiento hacia ella. Clarice retrocede.)* ¿Por qué te alejas de mí?
CLARICE. — Durante tres meses hemos vivido como extraños sin sufrir. ¿Para qué volver a vernos?
JEAN-PIERRE. — Está bien que no hayamos sufrido. Si tu ausencia hiciese un vacío en mí, si mi imagen te ocultara el mundo, entonces sería el momento de no volver a vernos.

CLARICE. — Tienes razón. Odio el sufrimiento.

JEAN-PIERRE *(tomándola entre sus brazos)*. — Estás aquí, te veo, te respiro. No deseo nada más. Me hace feliz el que no hayas pensado en mí.

CLARICE. — ¿Te hace feliz?

JEAN-PIERRE. — ¡Ah, si supiese que esos ojos podrían mancharse de lágrimas por mi culpa...!

CLARICE. — ¿Qué harías?

JEAN-PIERRE. — Me ahogaría junto a ti como me ahogo en esta ciudad.

CLARICE *(luego de una pausa)*. — ¿Por qué has vuelto?

JEAN-PIERRE. — Me fuí para volver.

CLARICE. — Yo no habría regresado.

JEAN-PIERRE. — ¿Habrías olvidado a tu ciudad?

CLARICE. — Lo habría olvidado todo. Habría vivido sola y libre. Habría vivido.

JEAN-PIERRE. — ¿Sin pensar nunca en mí?

CLARICE. — Quizás habría pensado que en alguna parte del mundo existían esos ojos verdes, esa sonrisa. *(Jean-Pierre la contempla en silencio, con una sonrisa.)* ¿Por qué me miras así?

JEAN-PIERRE. — Me gustas, Clarice; eres verdadera, pura y solitaria.

CLARICE *(exclamando)*. — ¡Jean-Pierre...!

JEAN-PIERRE *(inquieto y tierno)*. — ¿Qué quieres?

CLARICE. — No temas. No quiero nada. Me había olvidado de decirte que mi padre quiere hablarte lo antes posible. Quizás esté todavía en casa. Vé en seguida.

JEAN-PIERRE. — ¿No vienes tú conmigo?

CLARICE. — Es mejor que no nos vea juntos.

JEAN-PIERRE. — Hasta esta tarde, mi bello diamante negro. *(Sale. Ella lo sigue con la mirada.)*

CLARICE. — ¡Imbécil! ¡Ciego! *(Se sienta en un rincón de la escena y se queda inmóvil.)*

(Entran dos albañiles acarreando una piedra.)

PRIMER ALBAÑIL. — Esto no adelanta.

SEGUNDO ALBAÑIL. — Me siento débil como una mujer.

PRIMER ALBAÑIL. — Dame una mano. No puedo levantar esta piedra. Ya no tengo músculos.

SEGUNDO ALBAÑIL. — ¿Cómo quieren que trabajemos, con sólo esa pasta de hierbas en el estómago?

EL MAESTRO DE OBRAS. — No tenéis más que decir una palabra y el Concejo hará suspender los trabajos.

PRIMER ALBAÑIL. — ¿Qué sería de nosotros, paseándonos con las manos vacías, el hambre en las entrañas, por esta ciudad en la que no hay siquiera una brizna de lana para tejer?

SEGUNDO ALBAÑIL. — Sería lindo que el campanario no estuviese terminado para la primavera, cuando llegase el rey de Francia...

EL MAESTRO DE OBRAS. — Entonces basta de quejas.

PRIMER ALBAÑIL. — No nos quejamos. Decimos que trabajaríamos mejor si estuviésemos mejor alimentados.

PRIMERA MUJER. — No se dan mucha prisa.

ANCIANO. — Jamás se dan prisa.

NIÑO. — Mamá, me aburro. ¿No puedo ir a jugar?

SEGUNDA MUJER. — No, pequeño mío. Tienes que estar aquí cuando distribuyan el pan.

NIÑO. — Me aburro...

SEGUNDA MUJER. — Sé juicioso. Dentro de un momento verás pasar a los diputados de las tres artes con sus hermosos estandartes bordados.

ANCIANO. — Me gustaría saber qué decidirán.

OTRO. — Con seguridad que disminuirán aun más las raciones.

(Entra Jacques van der Welde. Clarice lo ve y se pone de pie para irse.)

JACQUES. — ¿Os hago huir?

CLARICE. — Debo volver a casa.

JACQUES. — ¿No me haréis la gracia de un instante de vuestra compañía?

CLARICE. — Si lo deseáis... *(Silencio.)*

JACQUES. — ¿Conocéis la noticia?

CLARICE. — ¿Qué noticia?

JACQUES. — El rey de Francia ha prometido venir en nuestra ayuda para la primavera.

CLARICE. — Sí, ya lo sé. *(Bruscamente estalla en carcajadas.)* ¡Para la primavera...! Antes de mucho tiempo habremos muerto todos. Sé que en los graneros no hay víveres ni para seis semanas.

JACQUES. — Dentro de un instante se reunirá el Concejo. Tomaremos medidas.

CLARICE. — ¿Para hacer que el trigo crezca en la calle? ¿Qué piensan decidir?

JEAN-PIERRE. — ¿Cómo puedo saberlo?

CLARICE. — Sois un hombre sin ambición, Jacques van der Welde. Si yo estuviese en el lugar de mi padre, o en el vuestro, no permitiría que treinta artesanos me dictasen la ley.

JACQUES. — Hemos atacado al duque para que Vaucelles sea libre. *(Pausa.)* Pronto tendremos el campanario más hermoso de todo Flandes.

CLARICE. — Esas piedras me fastidian.

JACQUES. — Temo fastidiaros yo también. *(Pausa.)* Clarice, ¿no me amaréis nunca?

CLARICE. — No creo en el amor.

JACQUES. — Si me lo permitís, yo sabría amaros.
CLARICE. — Me tomaríais en vuestros brazos, me oprimiríais contra vuestro corazón, sonriéndome con vuestros grandes ojos verdes, y luego partiríais hacia vuestros placeres.
JACQUES. — Mis ojos son grises.
CLARICE. — ¡Son grises! *(Ríe.)* Eso no cambia nada.
JACQUES. — No os abandonaría nunca. No me gustan los placeres.
CLARICE. — A mí sí. *(Pausa.)* No soy la mujer conveniente para un concejal. No me parezco a mi madre.

(Gritos de horror. Alboroto. Un hombre pasa corriendo. Grita: "¡Un médico, un médico!" *Varios hombres atraviesan la escena transportando un cuerpo.)*

JACQUES. — No miréis.
CLARICE. — ¿Por qué?

(Jacques detiene a dos albañiles que pasan.)

JACQUES. — ¿Qué ha sucedido?
PRIMER ALBAÑIL. — Se cayó del andamio.
SEGUNDO ALBAÑIL. — Se cayó de debilidad. Así acabaremos todos. *(Salen.)*
CLARICE. — Se lo tenía merecido.
JACQUES. — ¿Qué decís?
CLARICE. — Se lo tenía merecido; son más empecinados que las hormigas. Pronto los gusanos les roerán el corazón, y mientras tanto se entretienen en apilar piedras.

(Entran Louis d'Avesnes y François Rosbourg.)

LOUIS. — ¿Qué es ese vestido, Clarice? ¿No tienes vergüenza? Con la tela de tu falda se podría vestir a dos soldados. Y te he prohibido usar alhajas hasta que termine el sitio.
CLARICE. — ¿Es preciso que espere a estar muerta para que se me permita vivir?

LOUIS. — Vuelve a casa. Te encerraré en tu habitación y no saldrás de ella hasta que se hayan ido los borgoñones. *(Clarice sale.)* ¿Le habéis hablado?

JACQUES. — No quiere escucharme.

LOUIS. — Juro que no tendrá otro marido que vos. *(Pausa.)* ¿Por qué está abandonada la obra?

JACQUES. — Un albañil cayó de lo alto de un andamio, de pura debilidad.

LOUIS. — Es el tercer accidente desde el domingo. Estos trabajos son demasiado duros para hombres mal nutridos.

FRANÇOIS. — Duros e inútiles. ¿Qué necesidad tenemos de un campanario?

JACQUES. — Estos hombres aceptan sus sufrimientos sólo porque tienen la vista puesta en el porvenir. No los obliguemos a vivir en el presente.

FRANÇOIS. — Es necesario detener las obras. No es el momento de derrochar nuestras fuerzas.

LOUIS. — No podemos tomar a la ligera una decisión tan delicada. Convocaré al maestro de obras y a los maestros albañiles para deliberar con ellos.

(Se callan y escuchan las voces.)

VOCES. — ¿Vienen? No veo a nadie.

EL NIÑO. — Cuánto tardan. Tengo hambre.

LA MADRE. — Todo el mundo tiene hambre.

OTRA MUJER. — No vendrán.

OTRA. — ¡Ah, ya no puedo más!

JACQUES. — ¿Oís?

LOUIS. — Oigo.

JACQUES. — ¿Qué se puede hacer?

LOUIS. — No sé.

FRANÇOIS. — Es preciso que de aquí a dos horas hayamos tomado una decisión.

LOUIS. — Sí, es preciso.

FRANÇOIS. — Es preciso que de aquí a dos horas hayamos encontrado el medio de aguantar tres meses más.

LOUIS. — Es preciso. *(Silencio.)* No veo medio alguno.

JACQUES. — Ni yo.

FRANÇOIS. — Ni yo.

(Entra Jean-Pierre.)

JEAN-PIERRE. — Señor d'Avesnes, me han dicho que queríais verme.

LOUIS. — Sí, tenemos que hablar. Has prestado servicios excepcionales a la ciudad. Por lo tanto hemos decidido ofrecerte también una recompensa excepcional.

JEAN-PIERRE. — ¿Una recompensa? Yo no quiero nada.

LOUIS. — Deseamos que gobiernes con nosotros esta comuna.

JEAN-PIERRE. — ¿Que yo gobierne?

LOUIS. — Pediremos a los diputados que creen para ti el cargo de prefecto de abastecimiento. Consentirán porque saben que tu ayuda puede sernos útil. Ven al concejo con nosotros.

JEAN-PIERRE. — No puedo aceptar.

LOUIS. — Sé que siempre te has negado a participar en el poder, pero hoy debes aceptar. Nunca la victoria ha sido más segura ni más imposible. En primavera seremos liberados. ¿Pero cómo aguantar tres meses, cuando en nuestros graneros apenas quedan víveres para seis semanas? No puedes negarte a deliberar con nosotros.

JEAN-PIERRE. — No entiendo nada de asuntos públicos.

LOUIS. — Sé que nos resultará beneficioso escuchar tus consejos. Y además...

JEAN-PIERRE. — ¿Y además?

LOUIS. — Ignoro qué medidas nos veremos obligados a adoptar, pero serán duras. El pueblo tiene confianza en ti, te quiere. Aceptará de ti, mejor que de ningún otro, el aumento de sus males.

JEAN-PIERRE. — Pedidme que atraviese una vez más el campamento borgoñón. Pedidme que cruce el mar a nado, o que regrese a París a pie, pero no me exijáis que comparta con vosotros el poder.

LOUIS. — ¿Por qué?

JEAN-PIERRE. — Si fuese preciso que pensara: "Soy yo quien condena a estos viejos y a estas mujeres a mendigar su pan, yo soy responsable de sus sufrimientos", mi corazón estallaría. No quiero medirles todos los días la ración de hierbas. No seré cómplice del destino que los aplaste.

LOUIS. — Si yo me hubiese cruzado de brazos y humillado la cabeza ante el intendente del duque, ¿no sería mayor aun la desdicha de esta ciudad?

JEAN-PIERRE. — ¿Cómo se puede medir el sufrimiento y la alegría? ¿Es posible comparar el peso de una lágrima con el de una gota de sangre? Ansío que mañana los hombres de Vaucelles sean libres y prósperos. Pero nadie devolverá la vida a esos niños que hoy murieron de hambre. Mantendré puras las manos.

LOUIS. — ¿Qué importa el color de nuestras manos y la paz de nuestros corazones? Antes de nuestra rebelión los hombres se arrastraban entre la miseria y la pena como animales. No es demasiado sacrificar algunas vidas para que de ahora en adelante tenga un sentido.

JEAN-PIERRE. — No quiero pagar con sangre las lágrimas y el sudor de los demás.

LOUIS. — Bien. Nos arreglaremos sin ti.

(Jean-Pierre se aleja. Un cortejo con estandartes llega por el fondo y sube la escalinata de la Casa del Concejo.)

LA MADRE. — Mira esos bellos estandartes dorados.

UNA MUJER. — ¡Ah, ahí vienen los maestros tejedores!

UN VIEJO. — ¿Qué resolverán?

UNA MUJER. — Quizá nos distribuyan las reservas secretas.
OTRA MUJER. — No hay tales reservas secretas.
OTRA. — ¿Y entonces qué pueden hacer?
LOUIS. — Vamos. Han llegado los diputados de las tres artes.
JACQUES. — ¡Que Dios nos inspire!

(Se dirigen hacia el Concejo.)

EL NIÑO. — ¡Ahí están, ahí están!
VOCES. — ¡Ahí vienen, ahí están! ¡Traen pan! ¡Por fin comeremos! ¡Ah, ya no podía más!

(Atraviesan la escena dos hombres llevando pan.)

UN NIÑO. — ¡Helos ahí!
PRIMER ALBAÑIL. — ¿Qué llevan?
SEGUNDO ALBAÑIL. — Parece pan.
PRIMER ALBAÑIL. — ¿Qué lleváis ahí? *(Los hombres siguen su camino.)* ¡Eh! ¿No oís? ¿Qué lleváis ahí?

(Los albañiles rodean a los hombres y palpan los sacos.)

EL HOMBRE. — Dejadnos pasar. Es el pan de los indigentes.
UN ALBAÑIL. — ¡Nosotros nos morimos de hambre y ellos alimentan a los indigentes!
PRIMER ALBAÑIL. — Danos ese pan. Los que no trabajan no tienen necesidad de comer.
EL HOMBRE. — ¡Auxilio! ¡Socorro!

(Luchan.)

LOUIS. — ¡Quietos! ¿Queréis robarles el pan a los ancianos, a los niños, a las mujeres?
PRIMER ALBAÑIL. — Tenemos necesidad de ser fuertes. ¿Para qué sirven ellos?

(Silencio. François toma de un brazo a Louis.)

FRANÇOIS. — Sí. ¿Para qué sirven?

(Se miran en silencio.)

CUADRO TERCERO

En la casa de Louis d'Avesnes. Gran salón en la planta baja. Catherine, Jeanne, Georges, Clarice. En el fondo, grandes calderos. Por la puerta entreabierta Catherine expulsa a una vieja.

CATHERINE. — No hay nada que comer. Te digo que no queda nada que comer. *(Cierra la puerta con violencia.)*

VOCES AFUERA. — ¡Abrid, abrid! Hace dos días que no comemos, tened piedad de nosotros. ¡Abrid, ya no podemos más! No somos animales. ¡Abrid! ¡Nos moriremos todos! *(Puñetazos en la puerta.)*

GEORGES. — ¡Que revienten, pues!

CATHERINE. — Idos. No tengo nada que daros.

UNA VOZ. — Comida. Por piedad, algo que comer.

CATHERINE. — ¿Por qué no vuelve Louis?

JEANNE. — Tía Kate, ¿qué van a decidir?

CATHERINE. — ¿Acaso lo sé yo?

GEORGES. — ¡Hay que actuar!

CATHERINE. — Actuar, ¿pero cómo?

GEORGES. — Actuar.

VOZ. — Abrid. Queremos comer.

CLARICE. — ¡Hacedlos callar! ¿No pueden pensar en otra cosa que en comer?

JEANNE. — ¡Clarice!

CLARICE. — ¡Hacedlos callar!

CATHERINE. — ¿Qué podemos decirles? Hay que esperar que regrese tu padre.

CLARICE. — ¡Esperar! ¡Siempre esperar!

CATHERINE. — Esperar tendría que ser fácil. Quedarse ahí, simplemente... Dejar que transcurra el tiempo, sin vivir. *(Tiene un movimiento de fatiga, pero se contiene, va*

hacia el fondo de la sala y toma un caldero.) Ayúdame, Clarice.

(Salen, llevando el caldero.)

GEORGES. — ¡Pobres tontas! Debíamos haber guardado los calderos antes de que quedasen vacíos.

JEANNE. — ¿Es posible dejar morir de hambre a esa pobre gente?

GEORGES. — Si yo fuese el amo, habría barrido a esta escoria desde hace tiempo. *(Pausa.)* ¿Es verdad que esta mañana mi padre propuso a tu hermano el cargo de prefecto de abastecimiento?

JEANNE. — Es verdad. Jean-Pierre lo rechazó.

GEORGES. — ¡Se lo propuse! ¿No soy yo su hijo?

JEANNE. — Precisamente. No podéis gobernar los dos juntos.

GEORGES. — ¿Quién osaría quejarse?

JEANNE. — Ten paciencia. Dentro de un año el Concejo nombrará nuevos concejales. Entonces sucederás a tu padre.

GEORGES. — ¡Un año! ¡Para entonces habrá pasado mi hora! Vaucelles se habrá perdido o estará salvada. Ahora, en el hambre, en el miedo, es cuando hay que tomarla. ¡Ah, sentir toda esta fuerza en mí y no poder hacer nada! ¡Voy a estallar!

JEANNE. — ¿Por qué no haces nada?

GEORGES. — Monto guardia cuando me toca el turno.

JEANNE. — Puedes trabajar en el campanario.

GEORGES. — No tengo alma de albañil. Construir, tejer... ¿eso es actuar? Quiero trastornar el mundo hasta sus cimientos. *(Pausa.)* ¡Y bien, dí algo!

JEANNE. — ¿Qué puedo decir?

GEORGES. — No me amas, ¿no es cierto?

JEANNE. — ¿Acaso te preocupas por mi amor?

GEORGES. — Es posible. *(Pausa.)* ¿Jean-Pierre ha vuelto a ver a mi hermana?

JEANNE. — Sí, esta mañana.

GEORGES. — ¿Se quedaron a solas?

JEANNE. — ¿Por qué me haces esas preguntas?

GEORGES. — ¡Clarice está muy bella hoy! Se ha adornado como una imagen, y sus ojos no han sido nunca tan brillantes.

JEANNE. — Es bella.

GEORGE. — Ama a Jean-Pierre, ¿no es cierto?

JEANNE. — No lo sé.

GEORGES. — ¿Qué hay entre ellos?

JEANNE. — No sé.

GEORGES. — ¡Mientes!

JEANNE. — No te diré nada.

GEORGES. — Te obligaré a hablar. *(Le retuerce las manos.)*

JEANNE. — ¡Me haces daño!

GEORGES. — Te obligaré a hablar.

JEANNE. — No te diré nada. ¡Ay! *(Lanza un grito ahogado. Golpean a la puerta. Georges suelta a Jeanne.)*

JEAN-PIERRE. — Abrid. Es Jean-Pierre.

(Jeanne va a abrir. Entra Jean-Pierre y algunas mujeres tratan de entrar también.)

LAS MUJERES. — ¡Dadnos de comer!

(Georges desenvaina la espada y se abalanza.)

GEORGES. — ¡Atrás, atrás todas! Dejad libre la puerta o la desocupo a estocadas. *(Cierra la puerta y se vuelve hacia Jean-Pierre.)* ¿Qué vienes a buscar aquí? ¿La vestidura de concejal?

JEAN-PIERRE. — Me dijeron que la tía Kate quería verme.

JEANNE. — Iré a avisarle. *(Sale.)*

GEORGES. — ¡Hete ahí convertido en el salvador de Vaucelles!

JEAN-PIERRE. — Hice lo que tenía que hacer.

GEORGES. — Tengo entendido que ninguna recompensa te ha parecido digna de tus servicios.

JEAN-PIERRE. — No tienes necesidad de odiarme; no soy ambicioso.

GEORGES. — Cuídate de llegar a serlo. *(Silencio.)*

(Entra Catherine.)

CATHERINE *(a Georges)*. — Déjanos, te lo ruego. *(Georges sale. A Jean-Pierre.)* Siéntate. ¿Es cierto que esta mañana rechazaste el cargo de prefecto de abastecimiento?

JEAN-PIERRE. — Es cierto.

CATHERINE. — ¿Por pereza o por cobardía?

JEAN-PIERRE. — No soy lo bastante ligero ni lo bastante presuntuoso para consentir en gobernar a los hombres.

CATHERINE. — ¿Quieres ser un aventurero toda la vida? ¿Para eso te eduqué con tanto cuidado?

JEAN-PIERRE. — Sé todo lo que os debo. Para mi hermana y para mí habéis sido mucho más que una madre. Pero permitidme que ahora dirija mi vida sin ayuda.

CATHERINE. — ¿Cómo es posible ver sin impacientarse la forma en que derrochas tus dones? Tienes una cabeza, un corazón, dos manos, ¿y no quieres hacer nada con ellos?

JEAN-PIERRE. — Más bien preferiría cortarme estas manos, arrancarme este corazón... Vivo, respiro, y eso basta para que me sienta criminal. ¡Ah, si pudiese borrarme del mundo...!

CATHERINE. — Pero no puedes.

JEAN-PIERRE. — Por lo menos puedo tratar de no pesar sobre la tierra.

(Catherine se pone de pie y conduce a Jean-Pierre hacia la ventana.)

CATHERINE. — Mira. ¿Qué ves?

JEAN-PIERRE. — Veo el campanario, una parte de la Casa del Concejo, tejados.

CATHERINE. — Yo puse la primera piedra de ese campanario. El estandarte que flota sobre el Concejo lo he cosido yo con mis manos. ¿No conocerás tú nunca esa alegría? ¿La de mirar en torno y pensar: "Esto es obra mía"?

JEAN-PIERRE. — También veo mujeres y niños que vagan por las calles, llorando de hambre.

CATHERINE. — Cuando las campanas repiquen, el día de la victoria, olvidarán muy pronto sus sufrimientos. *(Pausa.)* Sin nosotros, este mundo carecería de rostro; tenemos que moldearlo con nuestras manos.

JEAN-PIERRE. — Me maravilla que podáis tallar, cortar, construir con materiales de carne viva.

CATHERINE. — Quiero construir la felicidad.

JEAN-PIERRE. — Lo queréis. ¿Y sabéis qué estáis haciendo? Hay tantas amenazas ocultas en cada uno de nuestros gestos, en cada una de nuestras palabras... Nuestros actos estallan lejos de nosotros, sobre caras desconocidas. Yo no tendré nunca la audacia suficiente como para lanzar el peso de mi voluntad ante una vida que no conozco. *(Pausa.)* Jeanne no ama a vuestro hijo.

CATHERINE. — Es una niña. Más tarde verá que he actuado en su bien. *(Se sienta.)* Tienes tanto miedo de hacer un gesto o pronunciar una palabra, que dejas que la felicidad se marchite a tu lado en lugar de cojerla. ¿Te han dicho que Jacques van der Welde quiere desposar a Clarice?

JEAN-PIERRE. — No.

CATHERINE. — El padre de ella acepta ese matrimonio. *(Silencio.)* ¿Por qué no quieres aceptar en la ciudad el lugar que te mereces? Yo querría que Clarice fuese para ti.

JEAN-PIERRE. — ¿Para mí? ¿Pensáis que yo consenti-

ría en encerrarla en mi casa y decirle: "Heme aquí, soy todo lo que te corresponde en la tierra"? No tengo alma de carcelero.

CATHERINE. — El amor no es una cárcel.

JEAN-PIERRE. — Todo juramento es una prisión.

CATHERINE. — Te crees libre y no eres capaz de actuar ni de amar.

JEAN-PIERRE. — No quiero mentirle a Clarice ni mentirme a mí mismo. Cada uno vive solo y muere solo.

CATHERINE. — No. Si un hombre y una mujer se lanzan con el mismo impulso hacia un mismo porvenir, a la obra que han construído juntos, a los hijos que han engendrado, a todo este mundo modelado por la voluntad común de ambos, entonces vuelven a encontrarse, confundidos indisolublemente.

JEAN-PIERRE. — Clarice no es de vuestra especie. Es extraña a ese mundo y no espera nada del porvenir. Le basta con ser ella misma. Yo no tengo nada que recibir de ella y nada que darle.

CATHERINE. — ¿Estás seguro de saber lo que piensa Clarice?

(Clarice entra vivamente.)

CLARICE. — ¿Quién habla de mí? ¿Qué estáis tramando? Os prohibo que me mezcléis a vuestras disputas.

CATHERINE. — Le decía a Jean-Pierre que desde ahora en adelante no te permito recibirlo ni hablarle. No es tu novio ni tu hermano, y ya no sois chiquillos.

(Gritos afuera.)

VOCES. — ¡No queremos reventar como perros! ¡Abrid! ¡Abrid!

(Jeanne y Georges entran corriendo.)

JEANNE. — ¡Han vuelto!

GEORGES. — Les meteré los gritos en la garganta. *(Toma un arco de la pared, abre la ventana y apunta.)*

JEANNE. — ¡No tires! *(Se lanza sobre él y le aparta el brazo.)*

GEORGES. — ¡Ah, ramera, me has hecho fallar el tiro!

CATHERINE. — Deja ese arco.

GEORGES. — ¿Hay que dejarlos que echen la puerta abajo y que saqueen la casa?

CATHERINE. — Deja ese arco.

(Georges apunta. Jeanne se oculta detrás de Catherine. Jean-Pierre avanza un paso hacia Georges, pero Clarice lo detiene.)

CLARICE. — Cuán cobarde es un hombre qeu tiene miedo.

GEORGES *(volviéndose hacia ella)*. — ¿Yo tengo miedo?

CLARICE. — Tienes miedo de un puñado de mujeres y de ancianos.

GEORGES. — Está bien. ¡Que ladren a gusto! *(Va hacia la puerta. Clarice ríe.)* ¿De qué te ríes?

CLARICE. — Me río porque dejaste tu arco.

GEORGES. — Tú me pediste que lo dejara.

CLARICE. — No te pedí nada.

GEORGES. — Te prohibo que te rías.

CLARICE. — No grites. Cuando gritas se te hinchan las venas de la frente y te pones rojo.

GEORGES. — ¡Algún día te estrangularé! *(Sale pegando un portazo.)*

JEANNE. — ¡Los habría matado!

CATHERINE. — No llores. Todavía es joven. Cambiará; tú lo cambiarás.

JEANNE. — No me ama.

CATHERINE. — Necesita tener a su lado a una mujer como tú.

JEANNE. — No soy lo bastante fuerte.

CATHERINE. — Eres fuerte. ¿Crees que si no lo fueras te habría elegido para ocupar algún día mi lugar en esta casa y en esta ciudad?

JEANNE. — Tía Kate, no sería feliz con él.

CATHERINE. — Hay muchas clases de felicidad.

JEAN-PIERRE. — No sois vos quien debe elegir la de ella. *(A Jeanne.)* Escucha solamente a tu corazón, hermanita. Ningún juramento te ata.

CATHERINE *(se separa de Jeanne).* — Ningún juramento. *(Jeanne vacila. Pausa.)* Eres libre, Jeanne.

JEANNE. — Sabéis bien que haré lo que esperáis de mí.

GRITOS. — ¡Pan! ¡Abrid, abrid!

(Golpes en la puerta. Catherine va hacia ella.)

JEANNE. — ¿Qué hacéis?

CATHERINE. — Quieren entrar... ¡Pues que entren! *(Abre. Entran mujeres, ancianos, niños.)* Entrad, registrad la casa desde el sótano al granero: no encontraréis ni un solo grano de trigo, ni un puñado de salvado.

(La gente se detiene, intimidada.)

UNA MUJER. — ¿Acaso piensan dejarnos morir de hambre?

UN VIEJO. — ¿Por qué no abren el depósito de los víveres?

CATHERINE. — Se tomarán medidas.

UNA MUJER. — ¿Qué medidas?

OTRA. — Que nos den pan.

CATHERINE. — ¿Sabéis qué suerte os aguarda si el duque entra en la ciudad? *(Silencio.)* Entonces aceptad el sufrimiento. Volved a vuestras casas. El Concejo está a punto de deliberar. Esperad con paciencia sus decisiones.

UN VIEJO. — ¿Qué van a decidir?

CATHERINE. — Pronto lo sabréis.

UNA MUJER. — ¿Terminarán nuestras desdichas?

CATHERINE. — Terminarán. Paciencia. Si sabéis esperar, pronto llegará la salvación. *(Cierra la puerta.)* ¡Esperar...! ¡Ah, quién pudiese dormir! *(Se desmaya.)*

(Jeanne y Jean-Pierre se lanzan hacia ella y la sostienen.)

JEANNE. — Tía Kate, estáis al cabo de vuestras fuerzas. No coméis nada desde ayer.

(Salen los tres. Clarice los sigue con la mirada.)

CLARICE. — ¡Comer, siempre comer! *(Va hacia un espejo, acerca la cara a él y se contempla largamente. Vuelve a entrar Jean-Pierre. Se dirige hacia ella y la abraza.)*

JEAN-PIERRE. — ¡Cuán bella eres! Todas las mujeres se han vuelto tan feas... ¿Cómo haces para continuar pareciéndote a ti misma?

CLARICE. — No conseguirás vencerme.

JEAN-PIERRE. — Maravillosa Clarice... ¡Cuánto me alegra que existas...! *(Le toma la mano. Ella se la retira. Georges entra sin ser visto y se oculta para espiarlos.)*

CLARICE. — ¿Pero no sientes amor hacia mí, Jean-Pierre?

JEAN-PIERRE. — ¿No quedamos de acuerdo en que esa palabra carece de sentido?

CLARICE *(sentándose)*. — No temas. Yo tampoco te amo. Te hice la pregunta por escrúpulo. ¿Qué piensas de Jacques van der Welde?

JEAN-PIERRE. — ¿Es cierto que tu padre quiere casarte con él?

CLARICE. — Es cierto. Y también es cierto que me casaré con él.

JEAN-PIERRE. — Jacques van der Welde... ¡Pero si es un oficio de tejedor, no un hombre!

CLARICE. — Es un hombre que se atreve a amarme.

JEAN-PIERRE. — Se atreve a prometer y a mentir. ¿Desde cuándo crees en las palabras? Me ponías la mano sobre la boca y me mirabas con esa expresión muda y franca que me es tan cara...

CLARICE. — Cállate.

JEAN-PIERRE. — ¿Te olvidaste de nuestros silencios? ¿Prefieres el parloteo de los juramentos?

CLARICE. — Hará de mí su mujer y su vida será la mía.

JEAN-PIERRE. — Te pondrá una alianza en el dedo y habrá un solo techo sobre vuestras cabezas. Pero tu corazón siempre estará en tu pecho y los pensamientos de él en su cabeza... Sus pensamientos de tejedor y concejal.

CLARICE. — ¿Y de ti qué puedo esperar?

JEAN-PIERRE. — Nada.

CLARICE. — Entonces véte.

JEAN-PIERRE. — Adiós, Clarice.

(Ella estalla en sollozos. Entra Catherine, seguida de Jeanne.)

CATHERINE. — ¿Lloras? *(Silencio.)* Te he prohibido hablarle.

CLARICE. — Dejadme.

CATHERINE. — ¿Crees que no te he escuchado gemir todas estas noches? El se ha ido y tú lloras. El vuelve y tú lloras. Esta carne que sufre, ¿es mi hija?

CLARICE. — No sufro. No lloro. No volveré a verlo. *(Pausa.)* Voy a tener un hijo de él.

GEORGES. — ¡Perra! ¡Ramera!

CATHERINE. — ¡Clarice! ¿Te ama él?

CLARICE. — Lo detesto.

GEORGES. — ¡Me las pagarás! *(La toma de los hombros.)*

CLARICE. — ¡No me toques...!

GEORGES. — Con él no eras tan arisca. Te levantó el ves-

tido, te pasó las manos por el cuerpo, y esta cara arrogante rió de placer.

CATHERINE. — Cállate.

GEORGES. — Cerrabas los ojos, metías tu lengua en la boca de él, gemías bajo sus caricias... ¡Ramera!

CLARICE. — Déjame. Hueles a soldado. No puedo soportar ese olor.

GEORGES. — ¿Desde cuándo eres su amante? ¿Cuántas noches has pasado entre sus brazos? *(La sacude.)* ¡Contesta!

CLARICE. — No te contestaré.

CATHERINE. — Te ordeno que la dejes. No tiene ninguna cuenta que rendirte.

(Pausa. Georges la suelta.)

GEORGES. — Tenéis razón. Mi padre es el que tiene que arreglar este asunto. Ya sabrá hacerla hablar.

CATHERINE. — ¡Georges, no le digas nada a tu padre!

GEORGES. — No llevarás la cabeza tan alta. Te haremos cantar, hermosa mía.

CATHERINE. — Te prohibo que le digas nada.

JEANNE. — ¡Georges, por amor a mí...! La matará.

CLARICE. — ¡Que me pegue! ¡Que me eche! ¡Que me mate! Me he burlado de todos vosotros.

GEORGES. — ¡Te ríes, puta...! El te sacara las ganas de reírte... *(La sacude violentamente.)*

JEANNE. — ¡Déjala, la lastimas! ¡Déjala!

(Se abre la puerta. Entra Louis d'Avesnes.)

LOUIS. — ¡Qué alboroto!

CATHERINE. — ¡Hete aquí por fin! ¡Qué aspecto tan fatigado tienes! *(Lo abraza.)*

LOUIS. — ¿Por qué todo este ruido?

JEANNE. — Georges, cállate.

GEORGES. — ¡Vuestra hija se ha hecho preñar por Jean-Pierre. *(Silencio.)*

LOUIS. — ¡Y b'en! Que se casen. *(Se sienta.)*

CLARICE. — No quiero casarme con él; arrojaré su hijo al río.

LOUIS. — Pues no te cases. ¿Por qué lloras?

GEORGES. — Padre mío, ¿que decís? Hay que encerrarla en un convento.

LOUIS. — No quiero que la atormenten. *(Silencio.)*

CATHERINE. — Me das miedo. *(Lo contempla. Silencio.)* ¿Qué decidió el Concejo? *(Silencio.)* ¿No entregáis la ciudad?

LOUIS. — No.

CATHERINE. — ¿Y qué haréis?

LOUIS. — Pediremos socorro a Brujas.

CATHERINE. — Brujas nos ha negado siempre su ayuda.

LOUIS. — Lo sé.

CATHERINE. — ¿Y entonces?

LOUIS. — ¿Por qué te inquietas? ¿Y por qué llora Clarice? ¿Por qué tenéis un aspecto tan triste?

CATHERINE *(a los tres jóvenes).* — Dejadnos. *(Los tres salen.)* Díme la verdad. *(Silencio.)* Sabes muy bien que no nos llegará ningún socorro antes de la primavera.

LOUIS. — No me preguntes nada, Catherine.

CATHERINE. — ¿Ha habido jamás algún secreto entre nosotros? *(Silencio.)* Si todo está perdido, si es preciso morir intentando una salida desesperada, no temas decírmelo; estoy preparada.

LOUIS. — Sería muy fácil morir apretándote entre mis brazos.

CATHERINE. — ¿Por qué apartas la mirada? Se diría que tienes miedo de verme.

LOUIS. — Déjame. No me preguntes nada.

CATHERINE. — Sea cual fuere el porvenir, quiero enfrentarlo contigo. Habla.

LOUIS. — En cuanto hable quedaremos separados para siempre. *(Silencio.)* El Concejo ha decidido desembarazarse de las bocas inútiles. Mañana, antes de la puesta del sol, arrojaremos a los fosos a los enfermos, los viejos, los niños. Y a las mujeres.

TELÓN

segundo acto

CUADRO PRIMERO

Los tres concejales. El Maestro de Obras. Tres albañiles.

LOUIS. — Entonces estos hombres murmuran porque tienen hambre, no porque se nieguen a trabajar. ¿No murmurarían mucho más si los condenáramos a una espera estéril?

MAESTRO DE OBRAS. — Así es. Exactamente.

LOUIS. — ¿Sois de opinión de que hay que continuar con los trabajos?

PRIMER MAESTRO ALBAÑIL. — ¡Sería demasiado duro haber sufrido tanto, haber entregado nuestro sudor y nuestra sangre para que el campanario no quede terminado cuando llegue el rey de Francia!

SEGUNDO MAESTRO ALBAÑIL. — Si no se quiere que el campanario sea terminado, no habrían debido exigirnos que lo comenzáramos.

LOUIS. — Me parece que este asunto ya ha sido bastante discutido.

JACQUES. — Sin duda alguna.

FRANÇOIS. — Perdonadme. Habría que saber si estos hom-

bres son los mejores jueces de lo que les conviene.

JACQUES. — ¿Quién podría juzgar al respecto, si no ellos?

FRANÇOIS. — El pueblo se ha puesto en nuestras manos. Nos corresponde guiarlo y no obedecerle ciegamente.

JACQUES. — El pueblo conoce la situación tan bien como nosotros; y aun mejor, ya que la sufre en carne propia. No podemos hacer más que respetar su decisión.

FRANÇOIS. — ¿Creéis que estos hombres son infalibles? No saben dónde reside su felicidad.

LOUIS. — Lo saben. No es posible error alguno, porque su dicha es precisamente lo que ellos eligen como tal; no existe ninguna otra.

FRANÇOIS. — ¿De qué les sirve ese campanario? Si hemos expulsado al duque, si tomamos el poder, fué para administrar nuestra ciudad con una sabia economía. No debemos permitir que los hombres consuman sus energías en empresas vanas. Mercados, almacenes, talleres... Eso es lo que debemos construir. De ahora en adelante es preciso que cada gesto sea útil, que cada aliento, que cada palpitación del corazón sea útil...

LOUIS. — Vaucelles no está hecha para ser útil. Para ella no hay nada más alto que ella msima. Si quiere construir el campanario, que lo construya. Su voluntad es la que manda.

(Entra Catherine.)

CATHERINE. — ¿Es verdad eso? ¿Os preocupáis hoy por un edificio de piedra?

JACQUES. — Nos sentiríamos felices de conocer vuestra opinión.

CATHERINE. — ¿Pero qué clase de hombres sois?

LOUIS. — Retiraos. *(Los albañiles salen.)* Ella ya lo sabe.

CATHERINE. — Lo sé. No bajéis la mirada; eso sería demasiado fácil. Soy yo quien está delante de vosotros, y yo

ya lo sé. *(Silencio.)* Me sentaba en esa silla y vosotros me pedíais consejo. Buscábais la esperanza en mis ojos. Para vosotros y para mí la esperanza es la misma. Decíamos: "Nuestros sufrimientos, nuestra victoria". Teníamos un porvenir único. Y de pronto estoy sola ante vosotros; queréis arrojarme a un foso al que se echan las cenizas frías, los desperdicios, los huesos, los trapos viejos... ¡Pero miradme a la cara...!

LOUIS. — Te miro, Catherine. Esta comuna es tanto obra tuya como nuestra, y tú, como nosotros, quieres su triunfo. Podemos pedirte la vida por ella.

CATHERINE. — No me pedís nada. Me habéis condenado.

LOUIS. — ¿Por qué nos odias? Cuando sea necesario, también nosotros aceptaremos morir.

CATHERINE. — ¿Soy libre de aceptar? ¿Qué haríais si me negase? *(Silencio.)* Ya no me está permitido querer nada. Era una mujer y ya no soy más que una boca inútil. Me habéis arrebatado algo más que la vida. Ahora sólo me queda el odio.

JACQUES. — ¿Debíamos haber tomado la decisión de abrir nuestras puertas a los sitiadores?

CATHERINE. — Podíamos lanzarnos contra el ejército del duque, pegar fuego a nuestras casas y morir todos juntos.

LOUIS. — ¡Vaucelles debe vivir! *(Pausa.)* Aquí se ha logrado algo que todavía no se había hecho en ninguna parte. Una ciudad expulsó a su príncipe; los hombres han elegido vivir libres y querer su felicidad. Y las demás ciudades de Flandes, de Francia y de Borgoña clavan en ella una mirada plena de esperanza. La victoria nos es necesaria.

CATHERINE. — Vuestras esposas, vuestros padres, vuestros hijos... Todos morirán, ¡pero Vaucelles vivirá! ¿No éramos acaso la carne y la sangre de Vaucelles? ¿Es posible desgarrarnos de ella como se corta una mano podrida?

(Llama.) ¡Jeanne, Clarice! *(Entran Jeanne y Clarice.)* Acercaos. Mirad a estos hombres. Se reunieron con otros treinta hombres y dijeron: "Nosotros somos el presente y el porvenir, somos la ciudad toda; sólo nosotros existimos. Decidimos que las mujeres, los ancianos, los niños de Vaucelles no son más que bocas inútiles. Mañana serán sacados fuera de la ciudad y condenados a morir de hambre y de frío en los fosos." *(Silencio.)*

(Jeanne se arroja en brazos de Catherine.)

CLARICE. — ¿Eso es lo que habéis resuelto? ¡Nos vais a asesinar para poder comer a gusto! *(Pausa. A Jacques.)* ¿Eso es lo que llamáis amar? *(Silencio.)*

LOUIS. — Es cierto que nos hemos convertido en verdugos. Es cierto que la hoja de las lanzas y las llamas de la muerte serían más clementes que el horror que en adelante nos espera. Pero como no hay más alternativas que morir inocentes o vivir como criminales, escogemos el crimen porque escogemos la vida.

CATHERINE. — Escogéis la vida para vosotros; para nosotros la muerte.

LOUIS. — No se trata de vosotros ni de nosotros; se trata de nuestra comuna y del porvenir del mundo entero.

CATHERINE. — Los hombres de mañana, ¿no estarán hechos de la misma carne que vosotros? Si, en vuestra opinión, nosotros no somos más que un ganado voraz, ¿qué serán ellos? ¿Por qué nos sacrificáis a ellos?

LOUIS. — Elegir la vida es siempre elegir el porvenir. Sin este impulso que nos lleva hacia adelante, no seríamos más que un poco de musgo en la superficie de la tierra. Y entonces, ¿qué importa si nuestros corazones laten o se callan? Reducir a Vaucelles a cenizas, reducir el porvenir a cenizas, sería lo mismo que reducir a cenizas nuestro pasado y negar todo lo que somos. *(Pausa.)*

JEANNE. — ¡No, no! ¡Es demasiado injusto!
CATHERINE. — No les mendigaremos piedad. *(Se la lleva. Clarice las sigue lentamente.)*
JACQUES. — ¡Clarice! *(Clarice se detiene.)* Querría hablarle.
LOUIS. — Sea. Habladle.

(Louis y François salen. Jacques se acerca a Clarice.)

JACQUES. — Esta noche, cuando todo el mundo duerma, salid sigilosamente de vuestra alcoba, venid a golpear a la puerta de mi casa, la puertecita que da sobre la calleja. Dos golpes. Mañana los gendarmes registrarán la ciudad. Pero nadie se atreverá a sospechar de mí. Estaréis segura hasta el final del sitio. *(Silencio.)* Juro por la Virgen que os respetaré como a una hermana bienamada. *(Silencio.)* ¡Y bien! ¿Por qué no contestáis?
CLARICE. — ¿Esperáis que caiga de rodillas y os bese las manos? Guardaos vuestro regalo.
JACQUES. — ¿Preferís morir de hambre y de frío?
CLARICE. — Puedo elegir mi muerte. Idos.

(Movimiento de Jacques.)

JACQUES. — Os esperaré toda la noche. *(Sale.)*

(Clarice cierra la puerta tras él, toma un puñal de la pared, lo examina y lo vuelve a poner vivamente en su lugar al escuchar pasos. Entra Georges.)

GEORGES. — ¿Estás sola?
CLARICE. — Sí.
GEORGES. — Jeanne y mamá están rezando. Me han informado de la decisión del Concejo. ¿No vas a rezar tú también?
CLARICE. — No.
GEORGES. — ¿No tienes miedo?
CLARICE. — ¿Por qué te inquietas?

GEORGES *(acercándose a ella).* — Por la noche hace frío en el foso. Hay animales viscosos que se arrastran sobre la hierba...

CLARICE *(retrocediendo un poco).* — No tengo miedo.

GEORGES. — Eres bella, Clarice. Estás viva y tibia. Y muy pronto empezarás a pudrirte en el fondo de la tierra. Los gusanos se comerán esos dulces labios. *(La abraza y la besa.)*

CLARICE. — ¡Georges...! ¡Eres mi hermano!

GEORGES. — Soy un hombre que te desea, Clarice.

CLARICE. — ¡Cállate!

GEORGES. — ¿Por qué? Te deseo y tú lo sabes.

CLARICE. — Sí, lo sé. He sentido arrastrarse sobre mí tu mirada turbia y tus sucios pensamientos. También sé que me será más fácil soportar el hambre, la sed, la muerte, que ese beso que me has infligido. *(Se limpia la boca.)*

GEORGES. — ¡Insúltame! ¡Fulmíname con tu mirada llena de odio! Esta mañana todavía tenía vergüenza, pero ahora vas a morir. Tu lengua no es más que un trozo de carne roja que se volverá negra y se caerá en pedazos. Esos ojos se diluirán en agua, y tu mirada ya no me quema.

CLARICE. — ¿Será preciso que te escupa a la cara? *(Le escupe.)*

GEORGES. — ¿Qué es eso? ¿Nada más que un poco de saliva en mi mejilla? *(La aferra.)* Vas a morir y todos tus pensamientos morirán contigo. Ya han muerto. Estoy solo con tu cuerpo, solo con mi deseo.

CLARICE. — ¡Georges!

(Entra Louis. Georges suelta a Clarice, que huye.)

LOUIS. — Sal de esta casa. No eres más mi hijo.

GEORGES. — ¡Y bien!, ¿qué? ¿No vais vosotros a asesinarla?

LOUIS. — ¿Te atreves a mirarme a la cara? ¡Sal o te mato como a un perro!

GEORGES. — ¿Por qué estos reproches hipócritas? Vosotros mismos habéis quebrado el viejo yugo. Ahora ya no hay ni bien ni mal. La fuerza manda.

LOUIS. — ¡Cállate! *(Pausa.)* He puesto la fuerza al servicio del bien, el bien de mi ciudad y el bien del mundo.

GEORGES. — La habéis puesto al servicio de vuestros deseos.

LOUIS. — ¿Mis deseos? He sacrificado algo más que mi vida.

GEORGES. — Vos mismo habéis elegido vuestros sacrificios. Yo elijo mi placer.

LOUIS. — ¿Qué? ¿Es que debo justificarme ante ti? Véte. *(Georges sale. Louis se pasea de largo a largo de la sala. Llamando, en voz muy baja.)* ¡Catherine! *(Llama más fuerte, con angustia.)* ¡Catherine!

CATHERINE *(entrando)*. — ¿Me llamabas?

(Se miran. Pausa.)

LOUIS. — ¡No!

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado que en el Cuadro Segundo del Primer Acto. Las obras del campanario están desiertas. Es de mañana. Algunas personas se dirigen hacia la Casa del Concejo. Pasan tres viejos.

PRIMER VIEJO. — ¿Qué es lo que van a inventar todavía?
SEGUNDO VIEJO. — Nada de bueno, nada de bueno.
TERCER VIEJO. — Caminad más rápido. Estarán ocupados todos los mejores lugares. No oiremos nada.

(Pasan dos mercaderes.)

MERCADER PRIMERO. — No queremos entregar la ciudad; por lo tanto no la entregaremos. Y los borgoñones no pueden tomarla. Por lo tanto no la tomarán.

(Pasa una pareja.)

LA MUJER. — Tengo miedo.
EL HOMBRE. — ¿De qué?
LA MUJER. — ¿Qué nos dirán? ¿Por qué las calles se han llenado de hombres de armas?

(Catherine ha entrado durante las últimas réplicas. Contempla el campanario, toca las piedras.)

CATHERINE. — No, es inútil. Las cosas ya no tienen voz. O soy yo la que ya no entiende el lenguaje de las cosas. Me han separado del mundo; ya nada es mío. *(Se sienta.)* Estoy fatigada. *(Pausa.)* Y para él todo esto continuará existiendo. Se terminará el campanario, las rosas volverán a florecer... Para él.

(Jean-Pierre entra corriendo.)

JEAN-PIERRE. — Os he buscado por toda la ciudad.
CATHERINE. — ¡Véte!
JEAN-PIERRE. — Una sola palabra.
CATHERINE. — Véte. No puedo soportar la presencia de un hombre.
JEAN-PIERRE. — ¿Qué van a hacer ellos?
CATHERINE. — Lo sabrás dentro de un instante.
JEAN-PIERRE. — Será demasiado tarde.

CATHERINE. — ¿Demasiado tarde?

JEAN-PIERRE. — Demasiado tarde para salvaros. Corren horribles rumores.

CATHERINE. — El más horrible es verdadero. *(Pausa.)*

JEAN-PIERRE. — El pueblo no permitirá ese crimen. Le hablaré.

CATHERINE. — Pierdes el tiempo. El pueblo está orgulloso de los jefes que ha elegido. Les obedecerá. *(Pausa.)* ¿Por qué te preocupas de nosotras?

JEAN-PIERRE. — ¿Me preocupo de vosotras? ¿O de mí mismo? El aire ha cambiado de olor y la saliva tiene un gusto amargo en mi boca. ¡Ah, no puedo soportar el color de este cielo! ¿Dónde están los concejales?

CATHERINE. — Pasarán por aquí. Pero no esperes conmoverlos. Son ciegos y sordos.

JEAN-PIERRE. — Hablaré a los hombres de Vaucelles Sabré convencerlos.

CATHERINE. — ¡No! Es demasiado tarde. Ayer era el momento de tomar la suerte de la ciudad entre tus manos; ayer los miembros del Concejo habrían escuchado tu voz, los habrías apartado del crimen... Pero quisiste conservarte puro.

JEAN-PIERRE. — ¿Podía prever que mi silencio me convertiría en un asesino?

CATHERINE. — Un asesino, un verdugo. Desde el momento en que guardaste silencio, estabas aceptando cualquier destino. *(Pausa.)*

JEAN-PIERRE. — ¿Dónde está Clarice?

CATHERINE. — No sé. *(Se pone de pie.)* Ya vienen. Que Dios sea contigo.

(Sale. Llegan los concejales.)

JEAN-PIERRE. — ¡Un instante, os ruego! Quiero hablaros.

LOUIS. — Ahora no podemos escucharte. Nos espera el pueblo.

JEAN-PIERRE. — Que espere. Sé lo que vais a decirle. Tened cuidado. Los hombres de Vaucelles se rebelarán contra una decisión tan bárbara.

JACQUES. — Aman a su ciudad; obedecerán la ley.

FRANÇOIS. — Apártate o te hago prender por los guardias.

JEAN-PIERRE. — ¡Se rebelarán! Vosotros mismos habéis reconocido que me respetan. Ahora no vacilaré en servirme de ese respeto. Los lanzaré contra vosotros.

JACQUES. — No harás tal cosa. No traicionarás a tu ciudad.

JEAN-PIERRE. — Aquí ya no hay una ciudad, sino verdugos y víctimas. No seré vuestro cómplice.

FRANÇOIS. — Hay que meter a este hombre en la cárcel.

LOUIS. — ¡Véte!

JEAN-PIERRE. — Impediré que se consume este crimen.

(Sale. Algunas personas atraviesan apresuradamente la escena. Suenan las campanas.)

FRANÇOIS. — Qué, ¿lo dejáis irse?

JACQUES. — ¿Qué crimen ha cometido? ¿Qué ley nos autoriza a castigarlo?

FRANÇOIS. — ¿Es este el momento de preocuparnos por la justicia? Lo que vamos a hacer de un momento a otro, ¿es justo?

LOUIS. — Todo decreto votado por el Concejo es justo. Pero no tenemos derecho de dictar una medida arbitraria.

FRANÇOIS. — ¡Corazones tímidos! ¡Dejaréis que Vaucelles se pierda por miedo de ver en vuestros espejos la imagen de un tirano!

JACQUES. — Temo que Vaucelles os sea menos cara que el poder. So pretexto de salvarla, no vacilaríais en reducirla a la esclavitud.

UNA MUJER *(a otra)*. — ¡Date prisa! Suenan las campanas.

OTRA MUJER. — ¿Han comenzado ya?
UN VIEJO. — ¿Han comenzado?
UN HOMBRE. — Han comenzado.
VOCES. — ¡Han comenzado! ¡Han comenzado!

(Salen corriendo. Durante las últimas réplicas han entrado Clarice y Jeanne.)

CLARICE *(arrastrando a Jeanne)*. — Ven por aquí.
JEANNE. — ¿No viste a Jean-Pierre? Estoy segura de que te buscaba.
CLARICE. — Precisamente. No quiero verlo.
JEANNE. — Si nos quedamos aquí no escucharemos nada.
CLARICE. — Muy pronto verás cómo recibe el pueblo las palabras de ellos.
JEANNE. — Al venir hacia la plaza, las mujeres iban tomadas del brazo de sus maridos, los hijos sostenían a sus ancianos padres... Se rebelarán.
CLARICE. — ¿Nuestra suerte debe depender del capricho de los corazones de ellos?
JEANNE. — Están hablando. El que habla es tu padre. Le escuchan. ¿Qué dice? *(Pausa.)* ¡Qué silencio! ¡Ni una palabra! ¡Ni un grito! *(Pausa.)* Se callan. ¡Se callan! ¡Ah, cuánto frío hará esta noche en los fosos!
CLARICE. — Hay animales viscosos que se arrastran por las hierbas.
JEANNE. — ¡Clarice!
CLARICE. — No tengas miedo. Podemos eludirlos.
JEANNE. — ¿Cómo? ¿Adónde huir?

(Clarice extrae un puñal del cinturón.)

CLARICE. — Quiero que mi padre me encuentre muerta sobre estos escalones.
JEANNE. — Yo no deseo morir.

(Entra Catherine.)

CATHERINE. — ¿Qué hacéis? ¿Vais a ofrecer el espectáculo de vuestras oraciones y vuestras lágrimas?

JEANNE. — ¿No queda ya ninguna esperanza?

CATHERINE. — Cuando toquen a vísperas, los niños, las mujeres y los ancianos se reunirán en la plaza grande y los gendarmes los expulsarán fuera de las murallas.

JEANNE. — ¡Así que los hombres de Vaucelles han aceptado la sentencia...!

CATHERINE. — Primero contemplaron a sus mujeres, las tomaron de las manos... Luego apartaron la mirada y abrieron los dedos.

JEANNE. — ¡Oh Dios...!

CATHERINE. — No resultará tan fácil soltar mi mano. *(Sale.)*

CLARICE *(tomando el puñal)*. — ¡Adiós!

JEANNE. — ¡Espera...! Mientras estemos vivas nos quedará una esperanza.

CLARICE. — ¿Qué puedo esperar? Nada es mío, salvo esta pequeña vida que se agita en mi vientre y que mañana se separará de mí.

JEANNE. — ¡Clarice, no me dejes sola!

CLARICE. — ¡Estás sola y yo también! ¡Adiós!

JEANNE. — No, quédate conmigo. La noche será menos fría si duermo en tus brazos. Por lo menos nos queda eso. Mientras nos quede aliento podremos sonreírnos, querernos, llorar juntas.

CLARICE. — No sé sonreír, ni llorar. No sé querer. No me han permitido vivir. Pero no me robarán mi muerte. *(Levanta el puñal. Forcejean.)*

JEANNE. — ¡Jean Pierre! ¡Jean-Pierre! *(Luchan.)*

CLARICE. — ¡Dámelo!

JEANNE. — No. ¡Jean-Pierre! ¡Jean-Pierre!

(Jean-Pierre entra corriendo. Jeanne le entrega el puñal. Pausa.)

CLARICE. — Devuélvemelo o me tiro de lo alto del campanario.

JEAN-PIERRE. — ¿Piensas que te dejaría morir sola? *(Jeanne se aleja y va a sentarse entre las piedras de la obra.)* Hablaré con los hombres de Vaucelles. Los persuadiré de que intentemos una salida.

CLARICE. — La salida fracasará y seremos todos diezmados.

JEAN-PIERRE. — Por lo menos moriremos juntos.

CLARICE. — ¡Moriremos juntos...! *(Pausa.)* No quiero tu piedad.

JEAN-PIERRE. — ¿Piedad? ¿Quién se atrevería a tener piedad de ti? No podría soportar la vida, si tú estuvieses muerta. Te amo, Clarice.

CLARICE. — Ayer decías que esa palabra no tenía sentido.

JEAN-PIERRE. — ¿Fué ayer? ¡Hace tanto tiempo...!

CLARICE. — Fué ayer, y no me amabas.

JEAN-PIERRE. — No osaba amarte porque no osaba vivir. Esta tierra me parecía impura y no quería mancharme. ¡Qué orgullo estúpido...!

CLARICE. — ¿Te parece más pura hoy?

JEAN-PIERRE. — Pertenecemos a la tierra. Ahora veo claro: quería apartarme del mundo y abandonaba en la tierra mis tareas de hombre. En la tierra era un cobarde y te condenaba a muerte con mi silencio. Te amo sobre la tierra. Ámame.

CLARICE. — ¿Y cómo se ama sobre la tierra?

JEAN-PIERRE. — Luchando juntos. *(Pausa.)*

CLARICE. — Antes decías: "Cada uno de nosotros está solo".

JEAN-PIERRE. — Tú eres ese sufrimiento de mi corazón, y sin embargo soy yo mismo. Eres mi vida, porque moriría con tu muerte.

CLARICE. — Y esta alegría que nace en mí, ¿es entonces de ti?

(Jean-Pierre la abraza.)

JEAN-PIERRE. — Dime que me amas.

CLARICE. — ¡Amor mío! ¡Cómo he sufrido de no amarte!

(Se abrazan. Salen. La muchedumbre vuelve a la plaza del Concejo. Las mujeres y los viejos forman un grupo, los hombres otro.)

UNA MUJER. — Me ocultaré.

OTRA. — ¿Dónde nos esconderemos? Los gendarmes registrarán todas las casas.

UN VIEJO. — ¡Dios mío, ten piedad de nosotros! ¡Dios mío, ten piedad de nosotros!

UNA MUJER. — Nadie nos tendrá piedad. ¡Dios está sordo!

MUJER TERCERA. — Asesinos, ¿por qué no nos degolláis en seguida?

MUJER CUARTA *(yendo hacia uno de los hombres)*. — Eres mi marido y vas a dejarme morir. *(Los dos grupos se detienen.)* ¡Contéstame! ¡Háblame! ¿Es que os habéis vuelto sordos?

HOMBRE PRIMERO. — El Concejo ha decidido, Marie; no tengo nada que decir.

(Jean-Pierre avanza hacia los hombres.)

JEAN-PIERRE. — ¡El Concejo ha decidido...! Yo creía que ahora erais hombres libres. El duque jamás se habría atrevido a exigir de vosotros lo que exigen esos hombres. ¡Y agacháis la cabeza!

HOMBRE SEGUNDO. — Queremos salvar nuestra ciudad.

JEAN-PIERRE. — Podéis intentar una salida. ¿Tenéis miedo?

HOMBRE TERCERO. — No tenemos miedo.

JEAN-PIERRE. — ¿Y entonces? Corramos a las armas y lancémonos sobre el campo borgoñón. *(Silencio.)*

HOMBRE PRIMERO. — No es eso lo que ha decidido el Concejo.

JEAN-PIERRE. — Despertad. ¿No lucháis por vuestras mujeres y vuestros hijos?

HOMBRE TERCERO. — Luchamos por nuestra comuna.

JEAN-PIERRE. — ¿Queréis convertirla en refugio de asesinos?

HOMBRE PRIMERO. — Haremos lo que se nos ha ordenado.

JEAN-PIERRE. — ¡Habláis como esclavos!

(Entran François y Georges.)

FRANÇOIS. — Nada de reuniones en las calles. Dispersaos.

(El gentío se dispersa.)

JEAN-PIERRE *(a Clarice)*. — Esta no es la última palabra de ellos. Terminaré por conmoverlos.

(Salen. Georges los sigue con la mirada y luego se vuelve hacia François.)

GEORGES. — ¿Qué escrúpulo os retiene? Mi padre y Jacques van der Welde nos han dado el ejemplo. No vacilaron en golpear a los débiles y los inútiles. ¿Sois más tímido que ellos?

FRANÇOIS. — ¡Por fin seré el amo! ¡Ya no habrá obstáculos para mis deseos!

GEORGES. — Decid una palabra y los aplasto. ¿Vaciláis? Sólo tenemos una vida que vivir, y esa vida es nuestra única oportunidad. Lo que dejemos escapar no volveremos a tenerlo jamás entre las manos. Vaucelles está ahí para que la tomemos. Hay que tomarla.

FRANÇOIS. — ¡Vaucelles será mía! A todos estos hombres que crecen al azar, como plantas locas, los reuniré en un solo haz recto y duro. No permitiré que un solo gesto, una sola palabra, se pierdan inútilmente en el aire. ¡Qué grandes cosas podría hacer!

GEORGES. — No existirá más ley que nuestra voluntad. Nadie nos pedirá cuentas, nadie se atreverá ya a juzgarnos. Cada movimiento de nuestro corazón se inscribirá en la faz

de la tierra. ¡Seré por fin yo mismo, y en el mundo entero encontraré mi imagen!

FRANÇOIS. — De los países vecinos haremos venir mujeres de anchas caderas que nos darán hijos capaces de conquistar Flandes y el mundo. Construiré el universo de nuevo. Haré una cosa tan perfecta y tan plena, que los hombres ni siquiera podrán soñarla.

GEORGES. — Hay que actuar rápidamente. Quiero aprovechar la confusión que seguirá al éxodo de las mujeres y los niños.

FRANÇOIS. — Venid a buscarme antes del toque de vísperas.

GEORGES *(va a salir por el otro lado y se detiene).* — ¿Quién está ahí? *(Silencio.)* ¡Aquí hay alguien! *(Silencio.)* ¡Me espiabas! *(Se abalanza y atrapa a Jeanne.)*

JEANNE. — ¡Ah, cuán feliz soy! Durante todos estos años no me atreví a creer a mi corazón. Por fin sé que hacía bien en odiarte.

GEORGES. — ¡Sí, ángel mío! Y mucho más de lo que puedes imaginarte.

CUADRO TERCERO

En casa de Louis d'Avesnes. Entra Catherine, seguida de mujeres que se aferran a ella.

LAS MUJERES. — ¡Salvadnos! ¡Salvad a nuestros hijos! ¡Sois nuestra última esperanza!

CATHERINE. — Os lo ruego, dejadme. Dejadme sola.

LAS MUJERES. — El señor d'Avesnes ha escuchado siempre vuestra voz. Suplicadle. Persuadidlo. Es bueno, es justo. Cederá a vuestros ruegos. Salvadme. Salvadnos.

CATHERINE. — Ya no puedo hacer nada por vosotras.

LAS MUJERES. — No nos abandonéis.

CATHERINE. — No puedo hacer nada. Dejadme.

UNA MUJER. — ¿Para qué nos disteis pan y sopa todos los días? Habría preferido morir de hambre en mi casa antes que ser arrojada a los borgoñones.

OTRA. — Cállate.

OTRA. — Tiene razón. ¿Por qué nos impidieron morir? Así habríamos terminado antes.

CATHERINE. — ¡Oh Dios! ¿Me reprocháis el que haya querido socorreros?

UNA MUJER *(a otra)*. — ¡Cállate! ¿No tienes vergüenza? *(A Catherine.)* No os reprochamos nada.

CATHERINE. — Yo también seré arrojada a los borgoñones. *(Pausa.)*

UNA MUJER. — Perdonadnos.

(Comienzan a salir.)

CATHERINE. — Todo lo que pueda hacer por vosotras lo haré. *(Salen.)* En verdad, más habría valido dejarlas morir de hambre. *(Va a la ventana y mira hacia afuera.)* Ya no puedo hacer nada, no soy nada.

(Pausa. Entra Clarice.)

CLARICE. — ¡Madre querida! *(Catherine la contempla.)* Madre, ¡cuán triste parecéis! ¿Qué os pasa?

CATHERINE. — ¿Qué me pasa?

CLARICE. — Sí, ya sé. No estéis triste. Jean-Pierre nos salvará.

CATHERINE. — ¿Ha hablado con los hombres de Vaucelles?

CLARICE. — Les ha hablado y no quisieron escucharle. El Concejo tomó una decisión y eso les basta. Pero nosotros los eludiremos. Jean-Pierre conoce un camino para pasar a través del campo borgoñón. Esta noche se deslizará al foso y nos hará huir. Nos iremos a Francia.

CATHERINE. — ¡Francia!

CLARICE. — ¡Y si nos atrapan nos mataremos juntos! ¡Ah, ahora ya no tengo miedo de la muerte ni de la vida!

CATHERINE. — Entonces lo amabas.

CLARICE. — El también me ama.

CATHERINE. — Véte con él a Francia, Clarice, y sed felices.

CLARICE. — Madre, me dais miedo. ¿No queréis salvaros con nosotros?

CATHERINE. — Ya nada puede salvarme. Para mí todo ha terminado.

CLARICE. — No habléis así. ¿Acaso la vida no empieza todos los días? *(Pausa.)* Mi niño nacerá. ¿No querréis sonreírle?

CATHERINE. — Ese niño será tuyo, Clarice; tu porvenir, tu felicidad.

CLARICE. — Todo lo compartiré con vos.

CATHERINE. — No, quiero mi propia vida, mi porvenir. Nuestra vida, nuestro futuro... O si no nos queda ninguna otra cosa, nuestra muerte.

CLARICE. — ¿Qué queréis decir?

CATHERINE. — No te preocupes por mí. Piensa en Jean-Pierre, piensa en tu hijo, en ti. Sé dichosa y mi vida no habrá sido completamente inútil. *(Pausa.)* Ahora tienes que dejarme. Necesito silencio. *(Clarice sale. Catherine se pone el puñal en el cinturón.)* No. Eso no será. No habrá esa separación entre nosotros. Antes debe detenerse todo. *(Pausa. Louis entra por la puerta del fondo. Largo silencio. Louis y Catherine se miran.)* ¿Eres tú? Es preciso que te contemple. Estabas tan mezclado a mí, que ya no distinguía

tus facciones. Y ahora te veo ante mí con esas dos arrugas a los costados de la boca, con esos ojos horrorizados...

LOUIS *(en voz muy baja).* — Catherine, esposa mía...

CATHERINE. — No, tu esposa no. Un instrumento que se rompe y se tira a la basura cuando se lo ha usado.

LOUIS. — Estás ahí y me siento solo.

CATHERINE. — ¡Me has traicionado! Morir no es nada, pero tú me has borrado del mundo. Has convertido en mentiras todas las promesas del pasado. Mentira fué ese día en que traje al mundo a Clarice y la mañana asoleada en que coloqué la primera piedra del campanario. Mentiras nuestros besos y nuestras noches. Nuestro amor no fué más que una mentira.

LOUIS. — Puedes salvar nuestro amor, Catherine. Puedes salvar el pasado y el futuro. Di una sola palabra: "¡Acepto!"

CATHERINE. — ¿Puedo renegar de mí misma? *(Pausa.)* Me hablabas y te contestaba, y ante ti era una mujer viva y libre. Y yo te hablaba y tú me respondías libremente. Jamás uno de nosotros realizó un acto en que el otro no reconociese su propia voluntad. Y ahora has dispuesto de mí como se dispone de una piedra. Y ya no eres más que esa fuerza ciega que me tritura.

LOUIS. — Todavía te hablo y puedes contestarme. Acepta nuestro decreto, reconoce en él tu propia voluntad, nuestra voluntad común de salvar a Vaucelles a cualquier precio.

CATHERINE. — Es demasiado tarde. Has decidido sin mí, y todas las palabras que pudiese decir no serían más que las palabras de una esclava. Soy tu víctima y tú eres mi verdugo. *(Pausa. Con suma tristeza.)* Somos dos extraños. *(Golpean. Entran Jacques y Jean-Pierre; este último lleva en brazos a Jeanne.)* ¡Jeanne! ¿Qué ha sucedido?

JACQUES. — Nuestros servidores la encontraron tendida al pie del campanario, bañada en sangre. Dice cosas extrañas.

(Jean-Pierre sale, llevando a Jeanne. Catherine los sigue, pero se queda junto a la puerta y escuha.)

LOUIS. — ¿Qué dice?

JACQUES. — Vuestro hijo conspira contra nosotros. Quiere matarnos y tomar el poder. *(Silencio. Louis se sienta, anonadado.)* No hay que perder un solo instante.

LOUIS. — ¡Georges quiere matarme...! *(Pausa.)* ¿Es culpa nuestra?

JACQUES. — ¿Culpa nuestra?

LOUIS. — Ya no sé nada.

JACQUES. — Llamad al capitán de la guardia. Dad orden de que prendan a vuestro hijo. El es quien debe matarnos.

LOUIS. — Ya no existe el bien ni el mal. La fuerza manda.

JACQUES. — ¿Qué decís?

LOUIS. — Así hablaba él. ¿Se equivocaba?

JACQUES. — Despertad. Haced venir al capitán.

LOUIS. — ¿Para qué?

JACQUES. — Despertad. *(Pausa.)* Ya sé. Es vuestro hijo.

LOUIS. — ¿Qué me importa mi hijo?

JACQUES. — ¡Pero se trata de vuestra vida!

LOUIS. — ¿Qué me importa mi vida?

JACQUES. — Se trata de Vaucelles.

LOUIS. — ¿Todavía existe Vaucelles? Queríamos salvarla y me parece que le hemos matado el alma.

JACQUES. — No es hora de preguntas ni de remordimientos. Hay que actuar.

LOUIS. — Perdonadme. Tengo necesidad de quedarme solo un instante.

(Jacques sale. Pausa.)

CATHERINE. — ¿Por qué estás triste? Ya habías perdido a tu esposa y tu hija. Ahora ya no te queda siquiera tu hijo. ¡Qué porvenir virgen te espera!

LOUIS. — ¿Me odias, Catherine?

CATHERINE. — No... Acércate.

(Louis se pone de pie.)

LOUIS. — ¿Me dejarás sin haberme perdonado?

CATHERINE. — ¿Acaso puedo perdonarte? ¿O puedo maldecirte? ¿No somos una sola carne? Tómame la mano. *(Le tiende la mano izquierda y se aprieta contra él.)* Una sola carne, un solo destino. Nada puede desunirnos. ¡Ni la muerte, ni la vida! *(Intenta asestarle una puñalada. El la toma del puño. El arma cae al suelo.)*

LOUIS. — ¡Mi amor querido! ¿Entonces todavía me amas?

CATHERINE. — ¡Vivirás; te he perdido!

LOUIS. — Me has sido devuelta, esposa mía. Ningún beso, ningún juramento nos han unido tan estrechamente como esa puñalada. Me amas y puedo apretarte entre mis brazos. *(La abraza.)*

CATHERINE. — Te he perdido.

LOUIS. — ¡No! ¿No sientes mi corazón que palpita contra el tuyo, como antes? No soy tu verdugo ni tú eres mi víctima. Para ti y para mí, el mismo destino. Y su crueldad no puede nada contra nuestro amor. Estamos unidos para siempre.

CATHERINE. — ¿Por qué detuviste mi mano? *(Silencio.)* Todavía es tiempo. *(Pausa.)*

LOUIS. — No tengo el derecho de huir.

CATHERINE. — ¡Me amas y me dejarás morir sola!

(Largo silencio. Entra Clarice.)

CLARICE. — Ha muerto.

CATHERINE. — ¿Dijo quién la hirió?

CLARICE. — Fué Georges.

CATHERINE. — ¡Georges! ¡Qué desdicha para mí! *(Silencio.)* El amor y la gloria que yo le frustré a Jeanne, ¿quién se los devolverá? ¡Ah, criminal! Yo pensaba: "Más tarde

ella será dichosa". Pero su vida se ha detenido aquí, en el sufrimiento y en el odio. Ha muerto con ese peso aplastante sobre el corazón: el peso de mi estúpida voluntad. *(Silencio. Se vuelve hacia Louis.)* Puedes sacrificarme sin remordimientos. ¿Cómo me atreví a creer que el mundo era una pasta dócil que yo podía moldear a mi gusto? Sigue tú también tu camino. Me merezco ser arrojada a un foso para morir en él, sola y perdida.

LOUIS. — ¡No!

CATHERINE. — ¿Qué dices?

LOUIS. — He renegado de la mitad de mi pueblo y la ciudad entera se ha convertido en una horda sin ley y sin amor. ¿Cómo ascender a una vida más alta si empezamos matando todas nuestras razones de vivir? *(La toma entre sus brazos.)* ¡Una sola carne, un solo destino! Triunfaremos juntos o nos hundiremos juntos en el fondo de la tierra.

CATHERINE. — ¿Qué vas a hacer?

LOUIS. — Voy a reunir el Concejo.

CUADRO CUARTO

La sala del Concejo. Los diputados. Los tres concejales. Guardias.

LOUIS. — ¿Habéis dormido esta noche?

VOCES. — ¿Qué dice? ¡Qué extraña pregunta! ¿Para qué nos ha reunido?

LOUIS. — Si dormisteis, sois afortunados. *(Pausa.)* Nos hemos equivocado. Lo que decidimos ayer no debe hacerse.

(Movimiento de sorpresa.)

FRANÇOIS. — Tened cuidado. Hay palabras que acarrean la muerte inmed'atamente.

LOUIS. — ¿Pensáis que quiero proponeros la rendición de Vaucelles? ¡Antes me mataría! *(Pausa.)* Pero no compraremos nuestra victoria con un crimen. Armemos a los hombres, los ancianos, las mujeres y aun los niños. A favor de la noche, caigamos sobre el campo borgoñón. Juntos triunfaremos o moriremos.

FRANÇOIS. — Sabemos que sois un buen marido y un buen padre. ¿Pero no olvidáis que antes que eso sois el jefe de esta ciudad? Ayer reconocisteis que sería preciso un milagro para que una salida tuviese éxito.

LOUIS. — Gante estaba al cabo de sus fuerzas. El enemigo prometió perdonarla si se le entregaban todos los jóvenes de la ciudad. Pero los habitantes prefirieron la muerte a la vergüenza. Atacaron, sin esperanzas, al ejército de sitiadores y lo barrieron.

JACQUES. — ¿Correremos ese riesgo tan insensato, ahora que la victoria es tan segura si nos mantenemos hasta la primavera?

DIPUTADO PRIMERO. — Desde ayer cada uno de nosotros ha oído llorar en su casa a una esposa, a una madre querida. Cuando nuestros hijitos sonreían, volvíamos la cabeza para enjugarnos las lágrimas. Hemos dormido mal. Pero no tenemos el derecho de perder Vaucelles para apaciguar nuestro corazón.

VOCES. — No tenemos ese derecho.

LOUIS. — ¿El derecho? ¿Quién puede decidir al respecto, si no nosotros? El problema que se nos plantea, nadie lo ha resuelto antes que nosotros y nadie puede responder por

nosotros. La elección es nuestra y de nadie más. ¿Qué queremos?

JACQUES. — ¡Queremos la victoria!

VOCES. — ¡La victoria! ¡Queremos la victoria!

LOUIS. — ¿Qué victoria? *(Pausa.)* Los habitantes de Vaucelles se arrastraban en la miseria y la esclavitud. Nosotros dijimos: haremos hombres de estos esclavos. Y en cuanto pronunciamos esas palabras, cambiaron de rostro la pobreza, el hambre, la muerte... Durante dieciocho meses luchamos juntos, y, a pesar de los sufrimientos, la alegría estaba en nosotros. Desde ayer, la alegría está muerta. ¿De dónde sacábamos la fuerza de ser hombres, sino de esas miradas que se elevaban hacia nosotros con confianza? Ahora todas las miradas nos huyen. Cada uno de nosotros está solo como un animal. ¿Qué nos importa el triunfo o la ruina, si no somos más que una jauría salvaje? No. No terminaremos esta lucha pisoteando todas nuestras razones de luchar. Esa sería la peor de las derrotas.

FRANÇOIS. — Hay una sola derrota. La de no llegar a la meta que nos hemos fijado. Hemos expulsado al duque, no para morir, sino para vivir. Y viviremos.

LOUIS. — Hemos expulsado al duque para conquistar la libertad y la justicia.

DIPUTADO PRIMERO. — Por amor a la libertad y la justicia, hoy nos atreveremos a comportarnos como tiranos, porque de lo contrario seremos vencidos y perderemos la libertad y la justicia para siempre.

DIPUTADO SEGUNDO. — Dice bien. Ante todo, la fuerza. Ya vendrá la hora de la justicia.

VOCES. — Nada de debilidades. No es el momento de dejarnos obstaculizar por los escrúpulos. A la comuna le resultará útil que esa gente muera. ¡Y morirán!

FRANÇOIS. — ¿A qué seguir más tiempo con estos parlo-

teos? Nuestras decisiones han sido tomadas. Exijo el voto del Concejo.

VOCES. — ¡Sí! ¡A votar! ¡Terminemos!

(Jean-Pierre irrumpe en la sala.)

JEAN-PIERRE. — ¡Un instante!

VOCES *(juntas)*. — ¿Qué quiere? ¿Qué viene a hacer aquí? ¡Es una osadía! ¿Quién lo ha dejado entrar? ¡Qué audacia! ¿Cómo se atreve?

LOUIS. — ¿No sabes que está prohibido franquear esa puerta cuando el Concejo delibera?

JEAN-PIERRE. — Por el amor de Vaucelles, en nombre de los servicios que me ha sido dado prestarle, escuchadme. Ya tendréis tiempo de expulsarme luego, si juzgáis que he infringido vuestras leyes a la ligera. Las revelaciones que tengo que haceros no pueden esperar.

FRANÇOIS. — ¡Tu audacia recibirá un castigo ejemplar! *(A los guardias.)* ¡Llevaoslo!

JACQUES. — No. Dejadlo hablar. Debe de tener cosas importantes que decirnos.

LOS DIPUTADOS. — ¡Que hable! Queremos escucharlo. No habría corrido semejante riesgo sin graves motivos para ello.

FRANÇOIS. — Es ilegal.

JACQUES. — La ley la dictamos nosotros.

LOUIS. — Habla, pues.

JEAN-PIERRE. — Ante todo os haré una pregunta. ¿No exige nuestra constitución que nuestras leyes sean votadas por tres concejales asistidos por el Concejo?

LOUIS. — Por supuesto.

JEAN-PIERRE. — ¡Y bien! Os digo que ninguna de las decisiones que toméis hoy tendrá fuerza de ley, porque aquí no hay más que dos regidores y un traidor. *(Señala a François.)*

VOCES. — ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Es posible? ¿Qué quiere

decir? ¿De qué traición habla? ¿Acusa a François Rosbourg?

FRANÇOIS. — Esto es el colmo.

LOUIS. — Explícate.

JEAN-PIERRE. — Mi hermana acaba de morir asesinada. ¿Sabéis quién la asesinó?

LOUIS. — Lo sé; mi hijo.

(Movimiento.)

JEAN-PIERRE. — ¿Y sabéis por qué? Conspiraba contra la comuna, y ella se enteró de sus objetivos. Vuestro hijo no conspiraba solo. Antes de morir, Jeanne me reveló el nombre de su cómplice: François Rosbourg.

FRANÇOIS. — ¿Permitís que se insulte impunemente, en pleno Concejo, a uno de vuestros concejales? Exijo que se encarcele a este hombre.

JEAN-PIERRE. — Quiere desembarazarse del señor van der Welde y del señor d'Avesnes, y reinar solo. Mi hermana escuchó esas palabras.

FRANÇOIS. — Es fácil invocar el testimonio de los muertos. Una vez más, os ruego que hagáis que termine este escándalo.

JEAN-PIERRE. — He conseguido otro testigo. *(A Louis.)* Permitidle que entre.

LOUIS *(a los guardias)*. — Hacedlo entrar.

(Los guardias abren la puerta. Entra Georges, rodeado de tres jóvenes que lo amenazan con la espada.)

JEAN-PIERRE. — No te pediré que repitas aquí las confesiones que te arrancamos. Dinos sólo lo siguiente: Este hombre te acusa de haber tratado de corromperlo y pretende haber rechazado tus ofrecimientos con horror. ¿Es cierto eso?

GEORGES. — ¿Corromperlo? No perdió tiempo en escuchar mis palabras. ¡Si hasta me pregunto si no fué él quien me las dictó...!

VOCES. — ¿Es posible? ¿François Rosbourg? ¡Qué horrible traición!

FRANÇOIS. — ¡Miente!

GEORGES. — ¿Pensáis que aceptaré pagar por vos? No. Si tengo que balancearme en los alto de la torre, quiero que me hagáis compañía. Sé muy bien que si nuestra empresa hubiese tenido éxito habríais tratado de desembarazaros de mí.

FRANÇOIS. — ¡Esto es una conspiración! ¡Han montado esta maquinación para alejarme del poder!

JEAN-PIERRE. — Hemos obtenido de Georges el nombre de vuestros cómplices, y a unos cuantos de ellos ya los atrapamos. ¿Quiere escucharlos el Concejo?

(Los amigos de Jean-Pierre abren la puerta y hacen pasar a unos hombres.)

DIPUTADO PRIMERO. — ¡Ah, traidor! ¡Te aprovechabas de nuestras desdichas para servir a tu ambición!

DIPUTADO TERCERO. — ¡Y te atrevías a hablarnos del bien de Vaucelles, hipócrita!

FRANÇOIS. — Es cierto. Ambicionaba el poder. Pero también es cierto que era en bien de Vaucelles. Vuestro débil corazón jamás será capaz de darle a la ciudad el destino que yo soñaba para ella. Entre mis manos se habría convertido en la reina de Flandes y del mundo entero.

JACQUES. — Habría sido el dócil instrumento de tu orgullo. El bien de esta ciudad es lo que ella misma elige como su bien. Aunque le fuese dado el imperio del mundo, no sería más que una esclava si lo recibiese de manos extranjeras.

LOUIS. — ¡Su confesión es suficiente! *(A un guardia.)* ¡Sacadlo!

(François desciende de la tribuna. Los guardias se lo llevan, y también a Georges y los testigos.)

JACQUES. — Has salvado a Vaucelles. Propongo que el Concejo designe a Jean-Pierre Gauthier para ocupar el lugar que ha quedado vacante.

VOCES. — ¡Sí! ¡Se lo merece! ¡Que sea concejal!

UNA VOZ. — ¡Que sea regidor!

LOUIS. — ¿Ningún miembro del Concejo se opone a esta decisión? *(Pausa.)* Te ofrecemos el cargo de regidor. ¿Lo aceptas?

JEAN-PIERRE. — Lo acepto. *(Sube a la tribuna.)* Puesto que ahora se me permite tomar parte en vuestros debates, os preguntaré: Este hombre que acabáis de expulsar de vuestro seno, ¿no es un criminal?

VOCES. — Sí. Por supuesto. Es un criminal.

JEAN-PIERRE. — ¡Y bien! No ha hecho más que seguir vuestro ejemplo. *(Movimiento.)* Decidisteis que los viejos y los enfermos son bocas inútiles. ¿Por qué un tirano no habría de juzgar que vuestras libertades son inútiles y vuestras vidas molestas? Si un solo hombre puede ser considerado un desecho, cien mil hombres juntos no son más que un montón de basura. *(Silencio.)*

JACQUES. — ¿Hay que condenar a muerte a toda la ciudad para proteger a la mitad de sus habitantes?

LOUIS. — ¡No condenaremos a nadie! Los hombres de Vaucelles son libres y apelaremos a su libertad. Aceptaron obedeceros porque tienen confianza en nuestra prudencia. Pero decidles que les permitís arriesgar la vida para salvar la de sus hijos y esposas, y la arriesgarán con alegría.

DIPUTADO PRIMERO. — La arriesgarán y perecerán todos.

LOUIS. — Una muerte libremente elegida no es un mal. Pero esas mujeres y esos ancianos que queréis arrojar al foso no tienen elección alguna. Y junto con la vida queréis robarles la muerte. ¡No haremos tal cosa! Que esta noche, unidos en una sola voluntad, un pueblo libre enfrente su destino.

DIPUTADO SEGUNDO. — ¡Vaucelles debe vivir!

LOUIS. — ¿Qué es Vaucelles? Existe un pacto entre cada uno de nosotros y todos lós demás. Si lo violamos, nuestra comuna cae hecha polvo.

DIPUTADO SEGUNDO. — Vaucelles no dejará de existir porque nuestras esposas y nuestros hijos hayan muerto Encontraremos otras esposas que nos den otros hijos.

JEAN-PIERRE. — ¿Otras esposas? ¿Otros hijos? ¿Pero con qué ojos nos mirarán? ¿Y qué palabras nos atreveremos a decirles? *(Pausa.)*

DIPUTADO CUARTO. — Tiene razón. Desde ayer ya no puedo levantar la vista, por miedo de encontrarme con la mirada de una víctima o un cómplice. Nuestras bocas ya no podrían sonreír.

DIPUTADO TERCERO. — Imaginaos la entrada del rey de Francia en esta ciudad de asesinos. ¿Qué sonido saldrá de nuestras campanas? Sólo podrán doblar a muerto.

DIPUTADO PRIMERO. — ¿Y podéis imaginaros nuestro campanario arrasado, nuestras murallas reducidas a cenizas?

LOUIS. — No luchamos por unas cuantas piedras.

DIPUTADO SEGUNDO. — Vaucelles debe vivir.

LOUIS. — ¿Acaso está vivo un pueblo roído por la desdicha y la vergüenza?

DIPUTADO SEGUNDO. — ¿Está vivo cuando sus huesos engordan la tierra?

LOUIS. — Puede vivir eternamente en los corazones. Sí, Vaucelles debe vivir. No matemos su alma.

JEAN-PIERRE. — ¿Podéis mirar de frente ese porvenir que habéis levantado sobre el crimen y la traición? Unos, corroídos por los remordimientos, huirían de la ciudad. Los otros se consumirán en la soledad y el silencio. Habremos sacrificado nuestra carne, nuestra sangre, y en medio de la llanura sólo quedará un sepulcro vacío. ¿Os satisfará una victoria así? *(Silencio.)* ¡Contestad!

DIPUTADO TERCERO. — No sé.

DIPUTADO QUINTO. — No sé.

DIPUTADO CUARTO. — Tiene razón, quedaríamos malditos.

JEAN-PIERRE. — ¿Qué mujer franqueará nuestros muros? ¿Qué amigo nos tocará la mano?

JACQUES. — Tiene razón. Mataríamos la confianza y el amor. No seríamos ya una ciudad, sino una horda. Queremos servir de ejemplo al mundo y en cambio nos convertiríamos para él en un objeto de horror.

DIPUTADO PRIMERO. — Estamos llegando al fin. ¿Renunciaremos?

LOUIS. — ¿Cuál es el fin? Expulsamos al duque para ser hombres libres. Digamos solamente una palabra, hagamos un gesto, y ese fin habrá sido alcanzado. No hay que temer fracaso alguno. Tengamos éxito en esa salida o seamos diezmados, igual triunfaremos. *(Pausa.)* Votaremos levantando la mano.

(En silencio, todos levantan la mano.)

CUADRO QUINTO

De noche, junto a las murallas, ante una puerta. A la derecha, un capitán distribuye armas. A la izquierda, Catherine y Clarice reparten sopa y pan. Gran reunión de hombres, mujeres, niños y ancianos.

CATHERINE. — ¿Quién quiere más sopa?

UN HOMBRE. — Yo ya no tengo más hambre.

OTRO HOMBRE. — Yo tampoco.

OTRO. — ¡Yo tampoco.

UN ANCIANO. — ¡Ah, cuántas veces soñé con comer hasta hartarme antes de morir!

UNA MUJER. — Puede que sea nuestra última cena.

UN HOMBRE. — ¡Vaya! ¡Mañana beberemos el vino de los borgoñones y degollaremos sus cerdos!

OTRO. — ¡Qué festín!

OTRO. — Les haremos pagar por estos meses de hambre.

CATHERINE. — ¡Mañana...! Habrá el mismo cielo negro en torno a la tierra, el mismo viento helado barrerá la llanura. ¿Podremos ver mañana este cielo, o estarán nuestros ojos cerrados para siempre?

CLARICE. — ¡Qué importa...! ¡Habremos vivido! He tenido lo mío en la tierra.

(De los dos costados de la escena entran Louis y Jacques.)

LOUIS. — ¿Está todo listo?

JACQUES. — Bastará una sola chispa para pegar fuego al campanario, a las murallas, a las casas. Los enfermos, los viejos, se encuentran en sus puestos. Antes de que los borgoñones hayan franqueado nuestras puertas, la ciudad estará en llamas.

LOUIS *(al capitán)*. — ¿Están todos armados?

EL CAPITAN. — Sí.

LOUIS. — ¿Han comido bien?

CATHERINE. — Se les distribuyó la ración de dos semanas. *(Jean-Pierre entra corriendo.)* ¿Y bien?

JEAN-PIERRE. — Igual que la otra noche. Duermen. Y, de este lado del campamento, los centinelas juegan a los dados. He llegado a menos de cien pasos de ellos sin ser visto.

LOUIS. — Nos pondremos en marcha cuando den las dos. *(Pausa.)* La puerta volverá a cerrarse detrás de nosotros.

VOCES. — No retrocederemos.

(Louis y Jacques se alejan.)

EL CAPITAN. — ¡Cada uno en su puesto! Los hombres adelante. Atrás las mujeres y los niños.

(Todos se precipitan, atropellándose.)

CLARICE. — ¿Son estos los mismos de ayer?

JEAN-PIERRE. — Hoy tienen su suerte en sus propias manos. *(A Catherine.)* Vaucelles os debe su salvación.

CATHERINE. — ¡Ah, quizás hubiese sido mejor que me dejara arrojar al foso sin resistirme! ¿He salvado a esos niños y esas mujeres? ¿He condenado a esos hombres a muerte?

JEAN-PIERRE. — Vuestro silencio posiblemente hubiera salvado a los hombres. Pero sin duda alguna hubiese condenado a las mujeres y los niños. Todavía pesamos sobre la tierra.

CATHERINE. — ¿Cómo es posible saberlo?

JEAN-PIERRE. — No se puede saber. Pero ahora veo claro. Nuestro destino es este riesgo y esta angustia. ¿Por qué habríamos de ansiar la paz?

EL CAPITAN. — ¡A vuestros puestos!

(Jean-Pierre abraza a Clarice. Los tres vuelven a sus lugares. Louis se acerca a Catherine.)

LOUIS. — ¡Adiós, Catherine!

CATHERINE. — No, adiós no. Ahora estamos unidos para siempre.

(Se abrazan. Dan las dos.)

LOUIS. — ¡Que la alegría sea en nosotros! Luchamos por la libertad, y la libertad triunfa con nuestro libre sacrificio. Vivos o muertos, hemos vencido. *(Dan las dos por segunda vez. Louis va a colocarse a la cabeza de la columna.)* ¡Abrid la puerta!

(La puerta empieza a abrirse.)

TELÓN

Impreso en agosto de 1957, en Talleres Gráficos ABECÉ, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen 1964 - Buenos Aires.